

HUMANIDAD Y FE

Monseñor Carlos González Cruchaga

Homenaje en sus sesenta años de sacerdocio

Publicación correspondiente a la Serie
IDENTIDAD REGIONAL
de la Editorial de la Universidad de Talca

Registro de Propiedad Intelectual © N° 144.349
ISBN: 956-7059-60-8

Editorial Universidad de Talca

Talca - Chile, Diciembre 2004

Diseño Gráfico
Marcela Alborno Dachelet

Corrección de textos
María Cecilia Tapia Castro

Impresora Gutenberg © Talca
Impreso en Chile

HUMANIDAD Y FE

Monseñor Carlos González Cruchaga

Homenaje en sus sesenta años de sacerdocio



*Alma no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.*

*Una lámpara encendida
esperó toda mi vida
tu llegada.*

*Hoy la hallarás extinguida.
Los ríos de la otoñada
penetraron por la herida
de la ventana entornada.*

*Mi lámpara estremecida
dio una inmensa llamarada.*

*Hoy la hallarás extinguida.
Alma, no me digas nada
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.*

Juan Guzmán Cruchaga

HUMANIDAD Y FE

Monseñor Carlos González Cruchaga

Homenaje en sus sesenta años de sacerdocio



Sólo tres cosas tenía
para su viaje el romero:
los ojos abiertos a la lejanía,
atento el oído y el paso ligero.

Cuando la noche ponía
sus sombras en el sendero
él miraba cosas que nadie veía,
y en su lejanía
brotaba un lucero.

En la noche y en el día,
por el llano y el otero,
aquel caminante no se detenía,
al aire la frente, y el ánimo entero
como el primer día...

Enrique González Martínez



El 23 de septiembre de 1944, don Carlos González Cruchaga,
recibe la ordenación como sacerdote.

ÍNDICE

CONVERSANDO CON CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA
Prof. Dr. Álvaro Rojas Marín, Rector de la Universidad de Talca / 11

CAPÍTULO I
CONSTRUYENDO EL LEGADO / 21

CAPÍTULO II
REVIVIENDO LA INVITACIÓN DIVINA:
UNA DECISIÓN DE AMOR Y DE JUSTICIA / 43

CAPÍTULO III
60 AÑOS DE HUMANIDAD / 57

CAPÍTULO IV
TESTIMONIOS / 61

CAPÍTULO V
REFLEXIONES DE UN HOMBRE DE FE / 89

CAPÍTULO VI
IMÁGENES DE UNA VIDA DE FE / 105

CONVERSANDO CON CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA

PROF. DR. ÁLVARO ROJAS MARÍN
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE TALCA

En septiembre del año 2004 Carlos González Cruchaga, Obispo Emérito de Talca, cumplió 60 años de vida sacerdotal. En la ocasión se desarrollaron diversas actividades conmemorativas, en las que su pueblo, sus amigos y ex – colaboradores le expresaron sus sentimientos de afecto, reconocimiento, respeto y admiración.

El paso del Obispo González Cruchaga por la Diócesis de Talca ha dejado huellas muy profundas en muchas personas, instituciones y en la historia social y eclesial de nuestro país. El testimonio de su trabajo pastoral queda grabado en la memoria de los fieles de las parroquias y comunidades de la extensa jurisdicción del Maule. Las ideas y pensamientos más relevantes que han guiado su trabajo pastoral se encuentran documentados en diversas cartas y discursos, que él mismo se ha preocupado de escribir y publicar¹.

¹ *Jesús en vasos de barro*, Ediciones Marana-tha (1999); *Sobre la cabeza llueve ceniza* (2001); *La mirada atenta y el paso ligero* (2003); *Manuel Larrain: Un Obispo sorprendente* (2004). El libro *Carlos González, Obispo: Con la Mirada puesta en las estrellas* de Luz Eliana Morales y Gabriel Rodríguez, Ediciones Al Margen, (2001), presenta una buena síntesis de su biografía y momentos relevantes de su vida.

Con algo más de 23 años, Don Carlos - como su pueblo cariñosamente lo llama - inició una labor fecunda y relevante. Nació el mismo año (1921) en el que Albert Einstein, el científico del siglo XX, recibiera el Premio Nobel. Es el tercero de siete hermanos del matrimonio de Guillermo González Echenique y Elena Cruchaga Tocornal. Ese año, en Chile, gobernaba don Arturo Alessandri Palma y la que sería después su diócesis, pertenecía a la Arquidiócesis de Santiago, desmembrándose de ésta el 18 de octubre de 1925 por la Bula de Su Santidad Pío XI "*Apostolici muneris ratio*".

Hijo de una familia conservadora, nos dice con una dosis de humor, que en la intimidad es capaz de desplegar con abundancia, que su apellido González es muy interesante; a la vez de ser el más frecuente de Chile es muy combinable y que con el Cruchaga queda bastante bien.

Su padrino de bautizo fue su primo el Padre Alberto Hurtado, el mismo que después en su vida adolescente - como director espiritual del Colegio San Ignacio de Santiago - le "enciende el fuego" de su vocación. Monseñor José María Caro lo ordena sacerdote, del Cardenal José Cardyn extrae las enseñanzas para organizar en Chile el Movimiento Obrero Católico, JOC. En el año 1967 sucedió al Obispo Manuel Larraín en la Diócesis de Talca, designado por el Papa Paulo VI. En 1988 es elegido Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile y en el año 1997, al cumplir 75 años, pasa a ser Obispo Emérito de Talca.

Imponente, sensible, defensor intransable de sus principios, profundo de reflexión, comprometido con los pobres, directo, agudo, breve de palabra, bajo de voz y extremadamente puntual son sólo algunos de los múltiples rasgos de una personalidad apasionante, que marcó una presencia y notoriedad en la sociedad chilena de la segunda mitad del siglo XX.

Trabajador infatigable en su Diócesis, que atiende a 42 parroquias y varios centenares de Iglesias. Una labor pastoral que está matizada por la alegría de las familias en los sacramentos del bautismo, la confirmación y el matrimonio con el profundo dolor de la desesperanza, la enfermedad y la muerte. Los hombres de Iglesia son testigos privilegiados de los sentimientos de los hombres, de sus grandes emociones y de los momentos más cruciales de lo que es la esencia misma de la vida.

Nuestra conversación es la expresión escrita de diversos encuentros, algunos de ellos protocolares, otros de carácter más informal. Los últimos y por cierto que los más intensos, los sostuvimos en su casa, en el sector Bajo Lircay, al norte de Talca.

En ese lugar Don Carlos desarrolla una vida reflexiva y de oración, sintetizando en diversas publicaciones su experiencia humana y pastoral. Junto a lo anterior el Obispo visita enfermos, celebra misas y es el asesor pastoral de una Escuela Agrícola de la provincia de Talca.

Es un hombre lúcido, muy bien informado de la contingencia nacional y mundial. Recibe frecuentemente la visita de sus amigos y de diversos dirigentes sociales, políticos, ministros y distintas personalidades de la vida nacional. Es una persona acogedora, grata, que sabe escuchar muy bien. Su capacidad de síntesis es tal vez una de sus cualidades que más sorprende a sus interlocutores. Oraciones breves, sustanciosas y agudas, dan a veces escaso tiempo de reacción y más de alguien ha salido de su casa preguntándose respecto a qué le habrá querido decir el Obispo. Un gran lector, que permanentemente recomienda determinados títulos concernientes a los temas de conversación.

Su formación está fuertemente influenciada por su primo el Padre Alberto Hurtado. Le consulto por qué no fue él un sacerdote jesuita y sin ahorrar tiempo en la respuesta subraya el hecho que la tarea de la enseñanza no era su prioridad. Él proyectaba su trabajo sacerdotal comprometido directamente con la comunidad y el trabajo diocesano le llenaba adecuadamente sus expectativas. Me impacta profundamente el comentario que me hace respecto a los últimos días del Padre Hurtado, en su lecho de enfermo, donde él le acompañaba y le pedía que le leyera textos de San Pablo, ante los cuales nuestro futuro santo se emocionaba hasta las lágrimas. Imagino rápidamente la lectura de lo que puede ser considerada la poesía más hermosa de todos los tiempos y que está contenida en la Carta de San Pablo a los Corintios: *"Aunque hable en el idioma de los ángeles, si no tengo amor soy como un bronce hueco, aunque tenga el don de la profecía y entienda todos los misterios y tenga sabiduría y aunque tenga fe suficiente para mover montañas, si no tengo amor nada soy"*

La mirada de sesenta años de este pastor abarca periodos apasionantes de la historia mundial. Todos ellos guardan en común la dicotomía de un antes y de un después a grandes acontecimientos. En su propia Iglesia, Don Carlos conoce, vive y testimonia esta situación en relación al Concilio Vaticano II. También su vida recoge crudos tiempos de guerra en el mundo y los enormes desajustes de la posguerra. En su zona geográfica es testigo privilegiado de la reforma agraria y de un dinámico proceso de posreforma. Como Obispo asiste al ocaso de la democracia más sólida de América del Sur y el posterior surgimiento de una larga y compleja dictadura. Vive y experimenta las consecuencias de un pronunciado bipolarismo y la apertura e integración que trae consigo la globalización. Nuestro pastor vivió

largos años del denominado período de la guerra fría y observa con curiosidad y asombro el pacífico proceso de "unificación cálida" de Europa. En la economía conoció del imperio del dirigismo estatal y la posterior privatización y liberación del mercado.

Tantas dicotomías y contrastes, tantos vuelcos y en todos estos escenarios turbulentos, dinámicos, llenos de cambios, Carlos González tuvo una gran vigencia pastoral. Jamás se ha perdido de la contingencia, pero tampoco y enfáticamente podemos decir que jamás se ha perdido en la contingencia.

Don Carlos cree que esto puede explicarse con la capacidad que algunas personas tienen de saber escuchar la voz de los tiempos, los que hablan a través de su gente, de sus gestos, de sus penas y sufrimientos y también por cierto de sus alegrías. El Obispo González nos dice que esa sensibilidad - que por cierto es un don - lo ha acompañado toda su vida y que incluso es capaz de advertir inmediatamente cuando, en ciertas circunstancias, no tiene la capacidad de llegar con su mensaje, al existir interferencias en la interpretación de los sentimientos y las voces que quiere escuchar.

Esta característica suya la exteriorizó en su Homilía con motivo de la celebración de sus 60 años como sacerdote, donde planteó que *"sueña con una Iglesia que ojalá escuche antes que hable, que acoja y perdone y que no condene, que anuncie más que denuncie"*.

Ha sentido - nos dice - que Dios ha pasado muchas veces cerca de él y que le ha transmitido, de alguna manera, las bases del entendimiento de lo que han sido esos "entornos cambiantes" de los que conversábamos, proyectándole la confianza en sí mismo para leerlos adecuadamente y percibir también esta misma virtud de sus hermanos, para "jugársela" por lo que parece justo y adecuado.

Él nos dice que para la complejidad, para las dificultades y el desconcierto, la confianza es el único mecanismo regulador. Cuando los sueños no se ven realizados, cuando caen las ideologías, la confianza es la que ayuda verdaderamente a superar los desalientos y las frustraciones. La complejidad - agrega - es la que ahoga y mata; la confianza rehace lo que al parecer no tiene ningún destino.

Como pastor ha tenido confianza en su rebaño y su rebaño ha tenido una gran fe y seguridad en su pastor. Don Carlos sabe de las debilidades de los hombres, cualesquiera sea la posición que éstos ocupen. Con todos, sin excepción, ha sabido establecer relaciones de confianza, aún desde la sospecha y desconfianza de los

otros. Siempre ha buscado caminos de reconciliación, ha tendido puentes de acercamiento, de posiciones, de afectos y de encuentro. El largo camino que ha recorrido en su vida ha estado motivado, como él lo ha señalado en más de una ocasión, por intentar "agradar más a Dios que a los hombres". Esta sentencia, que quema como el fuego, lo ha movido en todas las etapas de su vida. Una vida, que él mismo señala, está llena de complejidades, toda vez que el sacerdote es un "elegido de Dios". Entendiéndola él, como un privilegiado que tiene la capacidad de perdonar y sanar en una perspectiva de paz y esperanza, además de la maravilla de ser un "elegido para las cosas de Dios": un mensajero, que no tiene otra misión que ayudar a otros a llegar a Dios, para que puedan conocerlo y recibir las enseñanzas de su hijo.

El Obispo destaca que las complejidades también se proyectan a "vivir de la fe" y es aquí donde Don Carlos nos recuerda el comentario que le hiciera el Padre Hurtado momentos después de su ordenación sacerdotal: "el primer año vivirás del entusiasmo, después tendrás que vivir de fe". En relación a este tema nuestro Obispo nos dice, que si el sacerdote se afirma sólo en los ritos, en las ceremonias y no en el contenido, a poco andar se cansará de lo religioso, por cuanto su vida no fue capaz de impregnarse de los verdaderos contenidos que encierran los signos. Conversamos sobre el hermetismo que rodea a algunas prácticas y signos religiosos y lo agradecido que son los fieles, cuando se les explica respecto a su significado. Una tarea poco común en opinión del Obispo y que contribuye notablemente a profundizar la fe.

Conversando sobre la fe -Don Carlos nos dice - que es movediza y que muchas veces por la fuerza de la costumbre aparenta ser quieta, fácil y sumisa. Eleva su baja voz, para enfatizar que la fe no se mide con la asistencia a misa y está más que consciente que la asistencia dominical de las familias, especialmente de los jóvenes, ha disminuido. Según él, hay diversas razones que pueden explicarlo. Una de ellas tiene que ver con las jornadas de trabajo y escaso tiempo que tienen las familias para estar consigo mismas o para atender demandas de los hijos. Le consulto si la debilidad del mensaje pastoral de algunos sacerdotes y la banalización de algunos ritos, complota con aquello. Demorándose en la respuesta, al sentirse un tanto tocado, me responde, ahora en voz baja, que ello también ha influido, pero que no lo explica todo. Argumenta que la Iglesia Católica debe comprender y aceptar la existencia de otras formas de oración y de relación con Dios en el trabajo, en los colegios aún en los medios de transporte. Llevar una vida consecuente con los principios es la mejor forma de observar la religión y de profesar la fe.

Se explaya en este tema y yo le consulto, respecto a cómo imagina él la Iglesia

Católica del futuro. Sin dudarlo, responde instantáneamente que la imagina más pequeña, más consecuente, con mucha vitalidad y energía. Que los apóstoles y el propio Jesucristo hablaron siempre del "pequeño rebaño". Este es un tema que lo ha reflexionado mucho en los últimos meses. prueba de ello, es que en su última homilía pública, en septiembre de 2004, señaló: *"espero que nuestra Iglesia no calga en la tentación de modernización para captar simpatías o nuevos adeptos; pero confío que nuestra Inteligencia y nuestros corazones puedan entender y acoger a todas las personas con la libertad y la amplitud de Jesucristo. Nuestra primera opción son los pecadores y la segunda son los pobres. El corazón de Cristo es universal y solidario con todos"*. No desea que exista una gran masa de católicos sin sentido y confundidos, por cuanto éstos transmiten sus incertezas a su Iglesia. Citando a Lenin, cree que es importante depurar la Iglesia de aquellos que utilizan la moral como herramienta de estrategia política o de acceso al poder; una aguda observación del pastor que no puedo más que compartir, al observar a muchos hábiles intentando jugar en esta línea.

También Don Carlos está consciente respecto a la necesidad de renovar el mensaje cristiano y ponerlo en sintonía con la etapa que le toca vivir a la humanidad, comúnmente llamada posmodernidad. *"El desarrollo científico y tecnológico nos ha colocado ante nuevas encrucijadas que requieren de un debate sereno y abierto"*, señala. Pero junto con ello es enfático en afirmar que *"la discusión respecto a los temas de la vida, no tienen que ver exclusivamente con píldoras, probetas y células madres. La vida es más rica que eso"*. No debemos cejar nunca de hablar de las maravillas de la naturaleza, del misterio de la vida, de los grandes valores que los hombres - independiente de sus creencias - son capaces de compartir. Sobre estos temas es donde hay que fijar una mirada preferentemente, advierte el pastor.

Este tema de conversación me recordó el libro de los diálogos de Umberto Eco y Carlo María Martini². En un pasaje el Cardenal Martini le escribe a Eco, diciéndole que *"la Iglesia no satisface expectativas, sino que celebra misterios. Pero la Iglesia reconoce que no ha llegado todavía a la plena comprensión de los misterios que vive y celebra, pero mira con confianza hacia un futuro que le permita vivir la realización no de simples expectativas o deseo humano, sino de las promesas de Dios"*.

El Obispo no se sintió atraído por este libro, no le gustó particularmente, pero tiene opinión frente al agnosticismo. Cree - quizás tal vez ilusiona - que los

² Humberto Eco y Carlo María Martini (Obispo de Milán). *¿En qué creen los que no creen?. Un diálogo sobre la Ética en el fin del Milenio*. Planeta, 1997.

agnósticos en sus últimos días, abren sus corazones a la idea de un Dios. Cita a García Márquez y a Napoleón, que en sus horas postreras pidió la unción de los enfermos. Debatimos largamente si el agnosticismo está referido a un Dios o muchos Dioses, toda vez, que le subrayo a Don Carlos, que el hombre en su larga historia, ha sido mucho más tiempo politeísta, que monoteísta y que constantemente vemos reasomar esa tendencia politeísta, aún en la propia Iglesia Católica, donde los santos empiezan a tener virtudes y dones especiales.

Le cuesta imaginar la existencia de un fundamentalismo agnóstico, o mejor dicho, un integrismo agnóstico. Su posición me recuerda a la de León Bloy, quien no cree que sea *"posible privarse del Misterio. Se puede vivir sin pan, sin vino, sin techo, sin amor, sin felicidad; mas no se puede vivir sin el Misterio. La naturaleza humana lo exige... Pero los verdaderos hombres, los verdaderos vivos, los que no han recibido sus almas en vano, sufren y lloran como seres abandonados mientras no encuentran a la Iglesia que guarda la llave de todos los misterios"*³.

Ver a Carlos González Cruchaga en su lugar de reflexión y quietud impresionaria igual que antes y me recuerda la vez que le conocí, encaramado en el púlpito de su catedral con sus atuendos episcopales. Entonces, me dio la idea de una escenificación filmica; la justeza de sus movimientos, sus gestos, las líneas geométricas de su rostro, el rasgo de sus cejas canas, el tono de su voz, la pureza de su mirada. Nadie puede dudar - incluso los que no creen - que se está ante una personalidad muy especial.

Un "elegido de Dios" que ha vivido momentos hermosos y difíciles, pero que ha sido tremendamente fiel con su Iglesia. Nos dice: *"siempre me he sentido en comunión con mi Iglesia, en sus tiempos de gloria, en sus primaveras y en sus días de otoño. Le pido a Dios que Ella siempre sea entendida como el Pueblo de Dios en la forma que la describiera el Concilio Vaticano II"*. Tiempos difíciles ha conocido Don Carlos, toda vez que nace en una década del siglo que está fuertemente marcada por la denominada "cuestión social".

En el mundo desarrollado coincide con la consolidación de los movimientos obreros urbano-industriales y en nuestro país, con el inicio de un gran movimiento popular, que en la siguiente década asumirá la responsabilidad de dirigir el gobierno del país. La búsqueda de soluciones a las ya insoslayables desigualdades sociales de nuestra nación, marcará la agenda política del siguiente medio siglo y las

³ León Bloy, en la Introducción del libro *Nostalgia de Dios* de Pieter van der Meer de Walcheren, Ediciones Desclee de Brouwer, Buenos Aires, 7ma. Edición, 1951.

contradicciones en la búsqueda de su solución, quedará sellada con el colapso de la democracia chilena de la década del setenta.

Le consultamos a Don Carlos, acerca de la razón por la cual la Iglesia sólo dos décadas después, en los años 40, se hace cargo del denominado tema de la cuestión social. Sin vacilar responde que el dominio de sectores conservadores en la Iglesia chilena impedían observar las transformaciones que ocurrían en las expectativas de nuestra sociedad. No obstante la Iglesia Mundial, con su Papa León XIII a la cabeza, promulgan el año 1891 la Encíclica *Rerum Novarum: Sobre la cuestión obrera*⁴. Ya se advertía la pérdida de poder de la Iglesia de entonces; el fin de los Estados Pontificios fue una cruda realidad que tuvo que asumir el clero católico de ese entonces, lo que sumado a la creciente relevancia de los movimientos obreros motivó este importante pronunciamiento papal. La Encíclica *Quadragesimo Anno*, sobre la restauración del orden social en perfecta conformidad con la ley evangélica, promulgada al celebrarse el 40º aniversario de la Encíclica *Rerum Novarum*, no hace más que profundizar los conceptos e ideas del compromiso social de la Iglesia con los más desposeídos.

En Chile se da un fenómeno más tardío, ya que hasta el año 1925 no existía la separación del poder civil del religioso, tarea que fue encabezada por el Arzobispo de Santiago, Crescente Errázuriz. De esta forma se creó el espacio para que la Iglesia tuviese una mirada mucho más atenta a la realidad y clima social que en el país se comenzaba vivir. El gran forjador de la nueva mirada fue el Padre jesuita Francisco Vives junto a Oscar Larson, Jorge Fernández Pradel, Manuel Larraín y Alberto Hurtado.

Esa Iglesia social se posicionó fuertemente, primero en sectores obreros, posteriormente en el sector agrícola. Los derechos que ella reivindicó fueron interpretados posteriormente por las fuerzas políticas progresistas del país. La Iglesia chilena tenía opinión respecto a muchos temas, generó incluso distintas instituciones para su estudio y eventual mitigación. En paralelo, el Concilio Vaticano II contribuyó a hacer aún más asequible el mensaje religioso. Esa Iglesia renovada y más social, fue la que captó un gran número de vocaciones religiosas en las

⁴ En su introducción esta Encíclica plantea lo siguiente: "Una vez despertado el afán de novedades, que hace tanto tiempo agita a los Estados, necesariamente habrá que suceder que el deseo de hacer mudanzas en el orden político se extienda al económico, que tiene con aquel tanto parentesco. Efectivamente, los aumentos recientes de la industria y los nuevos caminos por los que van las artes, el cambio obrado en las relaciones mutuas de amos y jornaleros, al haberse acumulado las riquezas en unos pocos y empobrecido la multitud, la mayor confianza de los obreros en sí mismos, y la unión más estrecha con que unos a otros se han juntado; y finalmente, la corrupción de las costumbres, han hecho estallar la guerra..."

décadas del 60 y del 70, fenómeno que no sólo se da en nuestro país, sino que también en toda América Latina.

Las circunstancias políticas que afectan al país en la década del 70, hicieron que la preocupación social de esa Iglesia se matizara de manera relevante con el tema de los derechos humanos. Don Carlos señala que *"el Golpe de Estado era inevitable"*, con el mismo énfasis con que lo han reconocido, muchos años después, todos los sectores políticos. Pero enfatiza, que la reacción de la Iglesia al Gobierno Militar es catalizada por las primeras Informaciones que se obtienen concernientes al tema de los detenidos desaparecidos y la tortura. En Punta de Tralca, en abril de 1974, los Obispos reunidos redactan un texto muy enfático que ponen en conocimiento del gobierno de la época.

Le comento al Obispo, que esos años fueron de gran confusión para todas las instituciones de la república. Que con la perspectiva de los años, podemos señalar que fue la Iglesia Católica y una parte de la Iglesia Luterana, las que asumieron un rol del cual, hoy día, todos los chilenos podemos estar orgullosos. No transaron sus principios, estuvieron al lado de los necesitados e incluso tuvieron varios mártires. De los apelativos de entonces, de las humillaciones, de las tensas horas de desazón y angustia queda el recuerdo y el perdón.

Don Carlos fue uno de esos grandes hombres de nuestra patria que estuvieron en el lugar que les correspondía, con voz energética, sin temores ni odios. La gran confianza en que el bien y que los hombres de bien siempre triunfan a los infortunios, le daban las esperanzas de un tiempo mejor y de una auténtica reconciliación. Él vivió todo ese proceso, fue un actor y un testigo privilegiado. Con contenido orgullo, nos dice, *"que hizo lo que tenía que hacer"*. Se cumple aquí la sentencia que *"la verdad no se impone más que con la fuerza de la propia verdad, la cual penetra en las mentes suavemente y a la vez con vigor"* (*Dignitatis humanae*)

Concluida 'la emergencia' y reencontrado en nuestro país el rumbo institucional de la Iglesia del Obispo emérito ha vuelto a poner su énfasis en el mensaje pastoral, con una intensidad que no todos logran entender y que algunos quisieran distinta. Hay por cierto menos protagonismo, se observa incluso una pérdida de influencia y capacidad de diálogo con sectores que ayer, en otro tiempo, eran aliados incondicionales.

Apreciamos ahora una mirada más centrada y rigurosa en aspectos de doctrina y de moral y por cierto que también, la urgencia de articular un mensaje compatible con los requerimientos que plantea la era actual. La historia tiene muchos momentos

y ellos generan a su vez distintos tiempos. Para Don Carlos la preocupación por los más desvalidos no puede concluir. Desde la perspectiva de su mirada, los rostros de los cesantes, de los ancianos, de los temporeros y de los pequeños agricultores campesinos, le golpean su corazón de pastor. En ellos - piensa él - hay que fijar la mirada y las ilusiones de un tiempo mejor. *"Sueño con una Iglesia cada día más respetuosa de la dignidad humana en la cual todos somos hijos de Dios, que no haya diferencias entre ricos y pobres, entre el hombre y la mujer, entre los más inteligentes y los ilimitados."* (Homilía 60 años, 23 de septiembre de 2004)

La vida de Carlos González Cruchaga es un maravilloso testimonio de fe, compromiso, dedicación, valentía y dignidad. En sus oraciones siempre invita a la serenidad, a la templanza, a la confianza y a la esperanza, ya que como él dice, *"la esperanza es un camino en el campo, donde nunca hubo siquiera un sendero, pero cuando muchos caminan por esa senda, el camino empieza a existir"*.

CAPÍTULO I

CONSTRUYENDO EL LEGADO





INTERVENCIONES EN LA PRESENTACIÓN DEL LIBRO

**MANUEL LARRAÍN
UN OBISPO SORPRELENDE**

DE MONSEÑOR CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA

Talca, 8 de septiembre de 2004
Aula Magna Universidad Católica del Maule

Monseñor Bernardino Piñera
Monseñor Horacio Valenzuela
Claudio Rojas Miño
Gabriel Valdés Subercaseaux
Monseñor Carlos González Cruchaga

INTERVENCIÓN DE MONSEÑOR BERNARDINO PIÑERA C. ARZOBISPO EMÉRITO DE LA SERENA

He leído dos veces y voy a seguir leyendo el libro de Carlos González sobre Manuel Larraín. Lo he gozado porque conocí mucho a Don Manuel y conozco mucho a Don Carlos. Y aún antes de empezar mi lectura yo sabía ya tres cosas.

La primera es que Carlos fue el sucesor de Don Manuel. No sé qué tanto Don Manuel y él fueron amigos íntimos. Había entre ellos una gran diferencia de edad. Sé que Don Manuel lo estimaba mucho y le tenía una gran simpatía. Solía contar que obsesionado como vivió siempre con la vejez y su inevitable decadencia, le había pedido a Carlos que, cuando advirtiera las primeras señales de que ya empezaba a no estar tan apto para seguir atendiendo bien a su diócesis, se lo hiciera saber. "¿Quién mejor que Carlos González para cumplir una misión así?", decía. Conocía el estilo directo y de pocos rodeos de quien, alguna vez, sería su sucesor y escribiera su vida.

En todo caso Don Manuel, durante 30 años, dejó su huella en las provincias de Talca y Curicó y la parte costera de la de Colchagua. Y durante 30 años Carlos ha contemplado los mismos paisajes, ha transitado por los mismos caminos, ha visitado los mismos pueblos y los mismos campos y ha celebrado y predicado en las mismas iglesias y capillas. Carlos sabe leer las huellas. Y de esa lectura atenta y cariñosa, ha salido este libro.

Una segunda consideración es que Don Carlos y Don Manuel, buenos cristianos ambos y buenos Obispos, eran hombres muy diferentes, tan diferentes como pueden serlo dos Obispos chilenos y, al mismo tiempo, con grandes parecidos. Y siempre es interesante ver a un hombre a quien uno ha visto con sus propios ojos, a través de ojos diferentes y más aún cuando esos ojos son de lucidez penetrante y de gran respeto y cariño, como son los de Carlos.

Y finalmente una tercera observación previa. Carlos nos dice en su libro que Don Manuel fue un Obispo sorprendente. Pero su sucesor y biógrafo también lo es. Durante 60 años, Talca ha tenido el privilegio de tener como pastores a Obispos sorprendentes. Menos mal que hubo también algunos Obispos auxiliares, que pasaron más inadvertidos y que nunca causaron sorpresa alguna.

Tenemos pues un libro escrito por un Obispo sorprendente, sobre otro Obispo sorprendente.

Vamos ahora al libro mismo. Don Carlos no es solo un Obispo sorprendente: es también un autor sorprendente. Los que lo han leído - ¿y quién no lo ha leído? - saben que sus libros atraen, por lo general, por la personalidad del autor y también por un título sugerente; a veces enigmático. Una vez empezada la lectura, cuesta interrumpirla. No es solo el interés del tema; es la magia del estilo. Carlos es parco en palabras. Se le conocen pláticas que no han pasado de los dos o tres minutos. Pero la fluidez que al parecer no tienen sus cuerdas vocales - suele recordar que cuando él era niño, su padre le decía: ¡articula! - la tiene la mano armada de una pluma.

El "estilo", decía Buffon, un gran naturalista francés que escribía muy bien, "es el hombre". Y Pascal contaba que, al empezar a leer un libro se había llevado una gran sorpresa: creía encontrar un autor y había encontrado un hombre. El autor de este libro es un hombre y su estilo es ese mismo hombre.

Carlos escribe con impaciencia. Es a veces desordenado, repetitivo. Le gustan las digresiones. Cuando se aburre de discurrir, intuye. Y sus intuiciones son geniales. Para escribir esta biografía, se ha documentado bien pero no ha escrito un libro erudito y pesado. Ha pintado un retrato pero la suya no es una pintura académica, en que todo es perfecto pero que nos deja fríos. Carlos es un impresionista. No le interesan los detalles, las minucias, las exactitudes. Le gusta pintar la luz, el reflejo del sol sobre los objetos, la hora del día o la estación del año. Y con **Manuel Larrain, un Obispo sorprendente** lo ha logrado.

Yo conocí bastante a Don Manuel. Cuando, a los 17 años, entré a estudiar medicina

en la Católica, Don Manuel era algo así como un capellán de la Escuela. Tenía 30 ó 35 años. Aún conservaba un poco de pelo como se le ve en la primera foto del libro. Era muy apostólico, muy pastor. Se acercaba a cada uno de nosotros, nos recomendaba o nos prestaba libros, nos invitaba a reuniones. Los alumnos lo querían. Ya era nervioso y recuerdo a un compañero quien, para hacer sufrir a Don Manuel, subía al 4º piso de la Escuela, donde había una terraza rodeada de un parapeto de ladrillos, interrumpido cada tres o cuatro metros por un hueco de uno o dos metros y corría por este parapeto, saltando por sobre los espacios, para ver a Don Manuel, pálido como la muerte, tapándose la cara a dos manos y suplicándole que pusiera fin a su locura.

Más tarde, cuando creí sentir el llamado de Dios a dejarlo todo y a seguirlo, conversé con Don Manuel y recuerdo algunas largas cartas, escritas con tinta verde, por las que me ayudaba a discernir mi camino.

Siendo ya sacerdote, me pidió Don Manuel que fuera vice-asesor nacional de la Acción Católica Chilena de la cual él era el asesor. Lo acompañé en congresos dentro y fuera de Chile y pude constatar la admiración y el cariño que todos le tenían y ese Don maravilloso de cercanía, de amistad con todos, de sencillez y de amabilidad que lo caracterizaban.

Hasta que, estando en Roma, me citaron a la Congregación de Obispos para notificarme que había sido nombrado Auxiliar del Obispo de Talca. El Cardenal Prefecto me preguntó si tenía alguna objeción. "¡El sabrá!" Le contesté. Él me había pedido, por supuesto que sin consultarme a mí, y la responsabilidad era de él.

Y vinieron mis tres años como Obispo Auxiliar de Talca. Fueron, tal vez, los más felices de mi vida de Obispo. Don Manuel me alojó en su casa de la 1 Oriente, pasada la 2 Sur. Nunca tuvimos ni un sí ni un no. Era acogedor, atento a todos los detalles, respetuoso de mi privacidad, entretenido, interesante, ameno. Yo aprendí mucho con él, de él y de los talquinos. Y cuando, tres años después -sin consultarme- y con la mucha pena mía, me trasladaron de Obispo a Temuco, él me fue a dejar en auto y me acompañó con gran cariño. Al dejar Talca, yo había dicho: "El que parte a Temuco es un talquino". Y todavía queda en mí mucho de talquino, en el recuerdo y en el cariño.

Dicho esto, comprenderán ustedes el ansia con la cual me sumergí en este libro. ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuánta nostalgia de días muy felices! Y cuánto bien me ha hecho reencontrar por algunas horas la compañía de un hombre, de un sacerdote, de un maestro espiritual, de un pastor, de un profeta que era a la vez un hombre.

fino, sencillo, noble caballeroso y también vibrante, inquieto, apasionado, respetuoso de todos y que nunca quiso herir a nadie. "No había nacido para dar ni para recibir golpes", escribí a los pocos días de su muerte. Había nacido para querer y para ser querido. Y lo fue.

Durante 30 años, Talca fue Don Manuel. Más que la estatua de él en la Plaza – que lo evoca muy bien en su sencillez- su monumento es la Catedral. Creo que ella fue el gran amor y la gran satisfacción de su vida de pastor. Celebrando en ella con dignidad y sobriedad; él era el mismo, el que quería ser: el Obispo de la Iglesia Católica, el pastor de Talca, el predicador de la palabra de Dios, el líder acompañado de su comunidad, el padre rodeado de su familia. Y cuando todo Chile se juntó frente a la Catedral para darle la última despedida, entre los llantos y las plegarias, un sentimiento unánime nos embargaba a todos: la sensación de un vacío, de un enorme e irreparable vacío.

Gracias a Don Carlos por haber, con su libro, ayudado a colmar un poco ese vacío.

INTERVENCIÓN DE MONSEÑOR HORACIO VALENZUELA OBISPO DE TALCA

Lo primero es darle muy sinceras gracias a Dios, por permitirnos vivir este momento que es, sin duda, trascendente para nuestra patria, precisamente en el mes de la patria, y también muy trascendente para nuestra Diócesis, porque nos trae al recuerdo un hombre grande que hizo cosas grandes y que estas cosas grandes, por las que se jugó, sentimos que son aún tareas para nosotros. Así que este instante nos ayuda a recoger ese Don que fue la vida de Don Manuel.

Gracias también por esta respuesta tan generosa de todos ustedes, que llenan este salón hoy; respuesta que habla muy bien de Don Manuel y de Don Carlos, cosa que agradezco muy de corazón.

Y, finalmente, gracias también a Don Carlos, por ayudarnos a mantener viva en la memoria a un hombre grande como fue Don Manuel Larraín, un hombre que hizo mucho bien a Chile.

Creo que no es grandilocuencia simplemente decir que Chile no sería igual, como es, sin la presencia de hombres grandes, como lo fue Don Manuel, como lo fue el Padre Hurtado, y tantos otros. Entonces, es justo, para mantener la memoria de Chile, en su verdad más profunda, agradecer por los hombres que le han escrito de verdad ... y Don Manuel ha sido eso, y Don Carlos nos ayuda a mantener viva esa memoria.

El libro y el recuerdo de Don Manuel nos ponen de manifiesto – siento yo- la raíz de la grandeza de este hombre: un amor intenso a Dios que se tradujo en un amor intenso y comprometido por los hermanos, especialmente los más desposeídos. Este horizonte es una invitación viva hoy para todos nosotros ... amar intensamente a Dios y hacer que ese amor nos vuelva la mirada hacia lo que Él más ama, que son los pequeños de la sociedad, los que deberían marcar los ritmos de todas las cosas que hacemos como sociedad. El criterio de valor de una sociedad es, sin duda, qué hace con sus pobres, y el padre Hurtado lo entendió, Don Manuel lo entendió.

Termino, para subrayar la figura de Don Manuel, diciendo que un par de años atrás, cuando tuve el gozo de entrevistarme con el Papa por la visita que los Obispos le hacemos cada cinco años, al momento de saludarle, le dije Santo Padre, soy el Obispo de Talca. Me miró y me dijo "Talca, Talca... Larraín, Larraín...". Recordaba perfectamente la figura de Don Manuel por su participación en el Concilio, y porque fue, tal vez, una de las figuras más descolantes de la Iglesia chilena y uno de los grandes personajes de su historia.

Así que gracias Don Carlos por ayudarnos a guardar la memoria de Don Manuel y por impulsarnos –creo yo también- a volverla viva. Que no sea memoria solamente de escritos, sino ojalá de vida eclesial siempre renovada, de vida social siempre renovada.

Muchas gracias por este esfuerzo que ha hecho.

INTERVENCIÓN DE CLAUDIO ROJAS MIÑO RECTOR UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL MAULE

Recientemente hemos celebrado el decimotercer aniversario de nuestra vida institucional, como Universidad Católica del Maule, pero nuestros orígenes se remontan ya a más de cuatro décadas, en la Escuela Normal Rural Experimental, creada en el año 1960 y físicamente situada en el sector más tradicional de nuestro Campus.

Esta Escuela Rural Normal Experimental fue fundada por el Obispo de la Diócesis de Talca de ese entonces, Monseñor Manuel Larraín Errázuriz, que fue posteriormente convertida en la sede Talca de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y que luego, en 1991, se transforma en nuestra actual Universidad Católica del Maule, gracias a la labor fundadora de Don Carlos González Cruchaga, su primer Gran Canciller y actual Obispo Emérito de nuestra Diócesis.

Durante todo este tiempo, hasta hoy día, nuestra Universidad se ha desarrollado con el activo respaldo de nuestra Iglesia diocesana y de la sociedad regional, y actualmente reconocemos nuestra misión de participar en la labor de la Iglesia de evangelizar la cultura, y las formas en como ésta se transmite. Una comunidad universitaria que busca estar en permanente diálogo con las necesidades sociales y culturales más urgentes de la Región del Maule y de Chile, cada vez más

interpeladas por los desafíos que surgen de la globalización de la economía y de la cultura, con todas las oportunidades y amenazas que ésta conlleva.

Ahora leyendo el texto de Don Carlos, que nos honra patrocinar, **Manuel Larrain, un Obispo sorprendente**, y sin pretender adelantar un comentario sobre éste – tenemos distinguidos invitados que seguro nos cautivarán con sus reflexiones – podemos concordar que muchos de los desafíos del mundo y del tiempo de Don Manuel, siguen plenamente vigentes. Profundas transformaciones sociales y culturales, cada vez más vertiginosas e imprevisibles en sus consecuencias.

Es por ello que seduce la figura de Monseñor Larrain. Un pastor visionario con profundo amor a la Iglesia, y que, como me tocó señalarlo en la contraportada del libro, comprendió como pocos las transformaciones históricas de su tiempo y que intentó ser consecuente con ellas. Como Don Carlos lo indica, un hombre leal con la Historia, con la Palabra de Dios y con la Iglesia.

Es éste también un texto donde se funden la mirada del observador con el observado. Son los ojos de Don Carlos, que apoyados en su profundo conocimiento personal, nos trasluce la huella y la contribución de Don Manuel.

Pero no deseo realizar aquí un panegírico sobre la vida de Don Manuel, ni del autor de este libro, Don Carlos. Solo constatar que son hombres de nuestro tiempo, dos pastores de nuestra Iglesia, dos hombres de Dios, cuya huella y labor se reflejan en este texto: El amor a la verdad y a la justicia, el afán de servicio a su medio y a su tiempo, con una profunda lealtad a la Iglesia y a la Palabra de Dios.

Estamos aquí, y patrocinamos honrados este libro sobre la vida y trayectoria de Don Manuel Larrain Errázuriz, porque el espíritu que se revela a través de sus páginas, sea el espíritu en que estamos empeñados y sea el que anime a nuestra universidad y a la relación con la comunidad que nos acoge.

INTERVENCIÓN DE GABRIEL VALDÉS SUBERCASEAUX

Agradezco al Obispo y amigo Carlos González Cruchaga, el honor que me ha conferido de acompañar a Monseñor Bernardino Piñera en la presentación de su libro sobre Monseñor Manuel Larraín, intitulado **Un Obispo Sorprendente** y a la Universidad Católica del Maule por publicarlo.

Tengo un doble agrado al recibir este encargo: fui compañero de colegio de Monseñor Carlos González, a quien a pesar de su enciaustramiento en Talca, me une la amistad segura que se crea entre quienes piensan de igual manera, son criticados por las mismas actitudes y tienen parecidas satisfacciones. Con su estilo directo, preciso, limpio, certero, describe admirablemente la riquísima personalidad de Don Manuel Larraín. Carlos ha sido un Obispo serio, de profunda espiritualidad, a veces desafiante frente a los fariseos y los asustados ante el avance de los tiempos y de la libertad. Ha estado entre los que viven y dan testimonio del Evangelio, y derecho respaldo eclesástico a los que disienten y son condenados por los que creen que su misión apostólica es proclamar su verdad y condenar.

Carlos González tuvo el privilegio de ser amigo y sucesor en Talca del gran Obispo Manuel Larraín inspirándose en él, seguirlo y, como él, ser un hombre leal con la verdad y consigo mismo.

Junto con celebrar al autor por su bella obra que recorre la vida de una personalidad

que marcó, para la política, pasos decisivos, el agrado es recordar a un gran amigo de mi familia a quien conocí de niño a fines de los años 20 del siglo pasado cuando él era recién ordenado sacerdote, y mi hermano Francisco ingresaba al Pio Latino en Roma. Guardo una foto familiar, con él, al ingreso de las Catacumbas de San Calixto. Su familia era muy amiga de la mía y por ello siempre lo consideramos de la casa, que él utilizó muchas más veces en sus visitas a Santiago. Su amigo íntimo era Juan Subercaseaux, hermano de mi madre que fue el rector del Seminario, Obispo de Linares y Arzobispo de La Serena, donde falleció víctima de un accidente de automóvil.

Frágil de físico, nervioso, asustadizo en los aviones y en los autos, vivísimo en la mente, en los ojos y en sus manos, irradiaba una finura intelectual, una intuición superior, afectuoso y trascendente. Era como alado en sus movimientos. Tremendamente valiente para enfrentar a todo mundo, apoyado en su espiritualidad profunda que daba sustento a una inteligencia privilegiada.

La personalidad de Don Manuel Larrain, así como su piedad, su inteligencia y su valor intelectual están bellamente descritos en este libro. Su autor lo conoció de cerca, lo quiso, lo siguió y por ello lo describe con afecto.

Don Manuel junto al Padre Alberto Hurtado y al Cardenal Silva Henríquez han sido los más grandes, entre las grandes figuras de la Iglesia chilena.

Relata el libro los momentos difíciles de la vida de Don Manuel que yo también conocí de cerca, por la gran amistad de mi madre con él.

La crisis de la Falange fue la culminación de una tensión que se venía creando desde la formación de la Falange Nacional. Es cierto que el entonces Cardenal Pacelli, después Pio XII, había enviado a Chile una carta, como Secretario de Estado del Vaticano sosteniendo que los católicos no estaban obligados a militar en un solo partido político y que tenían libertad para actuar en los campos de la política contingente. Esta carta había caído como veneno en los círculos conservadores que se sentían dueños de la Iglesia. Esa carta alejaba a los sacerdotes de la acción política como conocí yo, de niño, en la Parroquia de San Miguel donde el Párroco Don Miguel León Prado revisaba cuidadosamente las urnas con los votos, al término de las elecciones en su escritorio, destruyendo los no conservadores, para permitir después el escrutinio.

El conflicto no era formal. Era sobre la cuestión social que la Encíclica *Rerum Novarum* había planteado como central para los católicos.

El nacimiento de un movimiento político dirigido por Bernardo Leighton, Eduardo Frei ya había recibido la simpatía de Manuel Larrain, Oscar Larson, Francisco Vives,

Esa lucha interna de la Iglesia, sobre la cual poco se ha escrito, la viví también: de cerca en la Acción Católica Universitaria, ACU, de la que fui Presidente Nacional en los años 42 y 43. Sufrí la destitución de nuestro capellán y extraordinario sacerdote Don Jorge Gómez, acusado de "avanzado". Enseguida, de su sucesor el señor Colengi y hasta se atrevieron con el Padre Alberto Hurtado. Por su parte, la guerra civil española nos había dividido profundamente. La juventud católica a la cual pertenecíamos no aceptó adherirse a la guerra Santa que la derecha tradicional adoptó junto al sector hispanista de la intelectualidad católica.

Todo ello configuró una ruptura que me afectó también al pedírseme la renuncia en una reunión inolvidable que presidió el representante de la Jerarquía, el Obispo Augusto Salinas.

Las elecciones no eran favorables para la Falange a pesar de tener líderes de excepción. Los pactos entre partidos eran generalizados y fue así como para obtener éxito en tres o cuatro provincias se debía votar en otras por candidatos de izquierda. Ello provocó una reunión de la Conferencia Episcopal en la cual se declaró, públicamente a la Falange como "enemiga de Cristo" con gran publicidad.

Nuestra impresión fue mayúscula. Nos sentimos aplastados en lo más interno. Se convocó a una Junta Nacional del Partido. Allí Eduardo Frei, desolado, pidió la disolución del Partido. La discusión fue como de condenados a muerte.

Se me ocurrió escribir una carta a Don Manuel cuya copia lamentablemente no guardo pero que era agresiva, atrevida llamándolo a la lealtad con sus amigos y colocándolo ante el derecho político vulnerado. Pedía su intervención. Pero el conflicto había estallado. El Párroco de la Iglesia de San Ramón le negaba la comunión a Bernardo Leighton, los jóvenes renunciaban a la Acción Católica.

El libro que comenté relata, en síntesis, pero con claridad, esa época.

La Falange hizo una movida inteligente: Encargó a su Presidente en Talca que pidiera opinión al Obispo Larrain. Don Manuel contestó en una carta de valentía y claridad histórica el 22 de noviembre de 1947, sosteniendo que se podía mantener la Falange. En ella alentaba a todos los que trabajaban por los ideales sociales de la Iglesia "que contarán con toda su confianza", decía.

Salvados: clamamos felices. Don Manuel llegó a mi casa donde lo celebramos.

Con su sentido de fineza irónica comentaba las caras que sus hermanos Obispos habrían puesto al leer su carta. Los castigos que recibió fueron fuertes e insolentes de parte de los grandes políticos conservadores como también de Obispos, uno de los cuales lo trató de desleal.

El que hizo de cabeza de ese conflicto fue el Obispo Augusto Salinas. Detrás de él estaba el Nuncio Maurício Silvani.

Desde entonces, Don Manuel, tildado de Obispo comunista por esos sectores, adquirió una supremacía intelectual clara en el pensamiento cristiano progresista en Chile.

La Justicia Social fue una causa central en la prédica y práctica episcopal del Obispo.

En 1960 escribió una declaración que sigue absolutamente vigente hoy día. *"Nuestro deber hoy para con Chile nos exige la defensa de la persona humana, la instauración de la economía orientada no hacia el lucro, sino hacia la satisfacción de las necesidades de todos los hombres, el respeto a la dignidad del trabajo en su hondo sentido humano y sobrenatural, conciencia aguda de que no vivimos el Evangelio mientras no rodeemos al trabajo del obrero y del empleado de la consideración que merece, la visión cristiana de una civilización orientada no hacia el "tener más", sino hacia el "ser más".*

No se quedó en palabras. En 1962 tomó una decisión trascendental. Entregó el fundo Los Silos del obispado a los campesinos.

En su discurso fue al grano: *"La tierra no está bien repartida en Chile y en América Latina. Es una llaga abierta en las entrañas de este Continente que es de urgencia sanar".*

Este acto sorprendió a Chile, a América y al mundo.

Con razón, el autor Obispo Carlos González dice: "En 1947, el Obispo Manuel Larraín había abierto las puertas a la Democracia Cristiana. En 1962, como hombre valiente, abrió esta nueva puerta, con gran sentido evangélico.

La actuación del Obispo Larraín en el Concilio Vaticano II fue notable, su prestigio internacional creció haciéndose de grandes amigos con los cuales creó una fraternidad intelectual. Allí se creó una unidad de latinoamericanos, nacida en la llamada: "Primavera de la Iglesia".

"En 1964, Don Manuel Larrain es elegido Presidente del CELAM y crece el rostro de un Obispo visionario, internacional y viajero que intentando abordar los grandes problemas de un continente que "reza a Jesucristo y habla en español".

En 1955 los Obispos declaran: *"Muchos de los habitantes de América Latina y especialmente los trabajadores del campo y la ciudad, viven todavía en situación infrahumana"*.

Leo hoy que el Presidente del Banco Interamericano del Desarrollo, Enrique Iglesia, dijo en Buenos Aires que la situación de los pobres en América Latina es escandalosa. "Hay cincuenta millones de personas que viven con US\$ 1 al día" (640 pesos). Poco hemos avanzado.

Magnífica es la homilía pronunciada por el Cardenal Silva Henríquez al cumplirse 10 años de la muerte de Monseñor Manuel Larrain y que el libro reproduce.

En ella está descrita la inmensa riqueza espiritual de Don Manuel y su sorprendente testimonio de verdad, inspirado en el Evangelio y visión de una América Latina justa y solidaria.

Su imagen constituye una luz en el firmamento del cristiano en Chile, ante el cual nos inclinamos con admiración.

Por ello celebro el libro y las notables reflexiones sobre materias trascendentales de su autor.

INTERVENCIÓN DE MONSEÑOR
CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA
OBISPO EMÉRITO DE TALCA

Hoy, 8 de septiembre, es la fiesta de la Navidad de la Virgen María y espero que Ella me ayude a decir lo que Dios quiere.

Graças a todos. A quienes están en este salón universitario, a quienes presentaron el libro, a la Universidad Católica, a la Imprenta Marañón y a tantos colaboradores silenciosos que hacen ese trabajo que no se conoce y que, generalmente, es callado y sin ruido.

Desearía presentar algunas reflexiones:

1. *"Que siempre hable para agradar a Dios y no a los hombres"*. Son palabras del ritual de la ordenación episcopal y Don Manuel Larraín trató de vivir esta enseñanza con mucha verdad. Algunas veces con sufrimiento. Es difícil llevar a la vida este pensamiento porque la tendencia general es hablar para quedar bien ante los otros, para captar simpatías, a veces votos para las elecciones municipales o del orden que sea.

El Obispo Larraín vivió abordando la verdad y el precio fue alto. Es un gran valor y un hermoso testimonio para todos nosotros. Qué importante vivir en verdad, con lealtad con Dios, corriendo los riesgos de ser mal interpretados o mal juzgados.

2. *"Mis manos fueron consagradas para bendecir y no para condenar"*

Don Manuel repetía con frecuencia este pensamiento y en esa perspectiva la vida sacerdotal y episcopal adquiere una dimensión de misericordia y de bondad lo cual parece ser cada día más necesario. Es importante bendecir o sea hablar bien y no condenar. La misericordia es uno de los rasgos más hermosos de Jesús, Él es compasivo y misericordioso. El Obispo Larraín estaba impregnado por la Misericordia y el perdón.

Actualmente esta manera de pensar tiene especial importancia porque hay tantas personas afectadas por el rumor o por la frase que alguien dijo al pasar. Jesús pide no juzgar y no condenar. La compasión, la tolerancia, el respeto por quien piensa diferente, ayudará a vivir en forma evangélica los conflictos y las tensiones.

3. En el libro sobre el Obispo Larraín, está escrito que *"él nunca fue una muralla y siempre fue un horizonte"* y conviene reiterar este juicio. No vivamos construyendo murallas defensivas basadas en el temor y en la desconfianza. Suelen ser murallas frágiles, muchas veces egoístas, que esconden una gran inseguridad.

No vivamos a la defensiva frente a las personas, a la vida y los acontecimientos que suceden. Siempre existen "semillas de bondad". La perplejidad es uno de los signos actuales y sólo se puede superar con una mirada abierta al porvenir.

Seamos abiertos para construir horizontes nuevos. El mundo es diferente a la realidad que vivió Don Manuel; pero estoy seguro que él sería hoy un horizonte con perspectivas. El mundo nuestro es un desafío permanente y se requiere apertura para no paralizarnos por los cambios.

Seamos creativos, aunque a veces parezcamos ingenuos. Abramos las ventanas y que el aire puro nos aliente y nos purifique.

Don Manuel mostró un rostro y una imagen de Iglesia que ilumina el quehacer de todos los tiempos. Supo amar, vivió con mucha fe y siempre creyó en la Iglesia que Jesús soñó.

He intentado vivir estos pensamientos, reconociendo que he tenido inconsecuencias que se van descubriendo en el tiempo y con el pasar de los años.

Si tuviera que iniciar la vida trataría de hablar más de lo que Dios quiere, desearía estar invadido por la misericordia, sin levantar murallas para defenderme de las limitaciones e inseguridades.

Les pido a todos ustedes que me ayuden a ser un anciano con estos rasgos presentados en estas líneas.

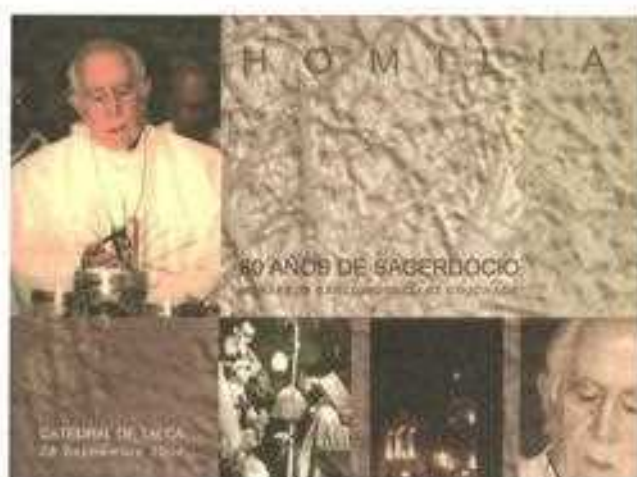
Que Jesús les bendiga a ustedes y a sus familias.

Gracias por todo.

CAPÍTULO II

REVIVIENDO LA INVITACIÓN DIVINA: UNA DECISIÓN DE AMOR Y DE JUSTICIA





MONSEÑOR CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA
CELEBRACIÓN 60 AÑOS DE SACERDOCIO

HOMILÍA

23 de septiembre de 2004
Iglesia Catedral de Talca

Monseñor Carlos González Cruchaga
Monseñor Gonzalo Duarte

HOMILÍA

Estimados cristianos:

El 23 de septiembre de 1944, el Arzobispo de Santiago Monseñor José María Caro me entregó el sacerdocio y he vivido con la alegría de no haberme equivocado en seguir esta vocación, que siempre encuentro atrayente por lo que significa vivir por Dios y al servicio de todos.

En 60 años se viven muchas realidades. He vivido cerca de un hombre santo, Alberto Hurtado, quien fue mi padrino de bautismo y he conocido personas muy valiosas invadidas por el amor de Dios.

He visto gestos enormes de abnegación y también he visto mezquindad y algunos rostros parecidos al de Judas. El balance global es muy positivo. Creo que la bondad es mucho mayor que el pecado y que Jesús está vivo en muchos corazones con gran fuerza y alegría. Todos somos frágiles y vulnerables lo cual conduce a una mayor confianza en Dios. Esa realidad me lleva a darle gracias al Señor y a pedirle perdón por mis inconsecuencias.

A- En primer lugar deseo expresarles en qué creo con mayor intensidad en esta etapa de mi vida.

La fe es más profunda que en 1944 gracias a la gran misericordia de Dios y las vivencias de los años transcurridos me motivan para algunos rasgos que deseo destacar:

1.- Dios Padre Bondadoso. Rezo el Credo en la Eucaristía y en los Bautizos, pero hace muchos años que percibo en mi interior que el Dios "Todopoderoso Eterno", se ha transformado en el Dios "Misericordioso y de bondad".

Me parece que Todopoderoso significa soledad y que Misericordioso es comunión. Me siento más interpretado por la imagen del Dios de la Misericordia.

Dios es Padre y no lo imagino como juez que castiga a sus hijos. Fue el gran problema entre Jesús y la religión judaica que no pudo entender el rostro misericordioso del Padre. Esta visión es fundamental y define la vida Cristiana.

2.- Creo en Jesucristo: Ser cristiano es conocer y amar a Jesús, en su divinidad y en su humanidad. Es el "Bienamado Señor Jesús", como era llamado por los cristianos de los primeros siglos. A Él deseo seguirlo con su mentalidad y los criterios presentados en el Evangelio. El Papa Juan XXIII escribía: "Nosotros preferimos poner toda nuestra fe en Nuestro Señor, Salvador de la Humanidad, porque Él no ha abandonado a los humanos que Él redimió".

Jesús no envejece como nosotros y siempre será joven. Lo veo reflejado en el rostro del Buen Samaritano solidario, universal, "movido a compasión" como dice el Evangelio. Quiero verlo en forma completa desde su Encarnación en Nazareth, hasta su Resurrección en Jerusalén.

Temo que, sin quererlo, hemos parcelado y mutilado al Cristo completo lo que ha hecho mucho daño.

A Jesús lo veo en la Eucaristía que celebro todos los días ya sea en una

comunidad cristiana, ya sea en el silencio de una pequeña capilla. Creo que allí se realiza el milagro de la consagración y de su cercanía a todos nosotros. Sé que los ángeles, están alrededor de toda Eucaristía sea bien o mal celebrada.

Siempre, en la oración de la noche, recuerdo el texto de San Pablo "sé a quien me he entregado y estoy seguro de que no quedaré defraudado".

Deseo ver a Jesús en el rostro de los pobres y de los marginados que tanto predicaba Alberto Hurtado. Es de gran urgencia porque "los pobres siempre escuchan, pero nunca son escuchados":

Creo en el Cristo Trinitario cuya gran pasión fue hacer la voluntad del Padre y que siempre fue guiado por el Espíritu Santo. Por eso Él dice "el Padre y yo somos uno" y el Evangelio muestra a Jesús "conducido por el Espíritu".

He comprendido que quien mejor sabe de Jesús es la Virgen María con quien intento tener una buena amistad. Rezo el rosario a la Virgen porque es "la oración de los pobres".

Creo que Él se prolonga a través de nuestra Iglesia Santa y pecadora, con sus sacerdotes santos o mediocres, con sus religiosas que viven para Él en el silencio de la oración, con sus laicos que buscan evangelizar el mundo, aun cuando algunas veces se presentan pasivos y excesivamente dependientes de los eclesiásticos.

Siempre me he sentido en comunión con mi Iglesia en sus tiempos de gloria, en sus primaveras y, en sus días de otoño. Le pido a Dios que Ella siempre sea entendida como "el Pueblo de Dios" en la forma que la describió el Concilio Vaticano II.

3. Creo en el Espíritu Santo. Como Obispo de la Iglesia he confirmado a miles de cristianos y puedo expresar que en estos últimos años ha crecido mi fe y mi confianza en el Espíritu Santo.

Siempre he creído y predicado que el Espíritu es "el alma de la Iglesia". Ahora lo vivo en una forma nueva y me parece que será el Espíritu quien, al guiar la Iglesia y a su jerarquía, hará el milagro de encontrar las respuestas para este mundo nuevo, perplejo y difícil de entender.

Siento que el Espíritu Santo nos ayudará a vivir esa "vocación a la libertad" que expresa San Pablo. Si somos cristianos libres, desinteresados de nosotros mismos por la acción del Espíritu podremos entender y evangelizar con creatividad los problemas nuevos que se van presentando.

Sé que el Espíritu regala la paz y la unidad. Y no existen mapas marcados para sus caminos. Dios siempre será una aventura y un desafío.

Es hermoso el pensamiento del Padre Hurtado: "Se requiere dejarse poseer por Dios y abrir el corazón para que Él llene nuestros vacíos. Se requiere adherirse a Dios en un don completo, dejarse arrastrar por lo divino, aun en medio de las tinieblas de la fe. Dios sólo es Solidez, es El Absoluto".

Su vida fue un signo de la presencia renovadora del Espíritu Santo en nuestra Iglesia chilena.

Le pido a todos, especialmente a los más jóvenes, que sean hombres y mujeres guiados por el Espíritu Santo.

Nuestra vida suele ser de mucha actividad y con poco tiempo para el silencio, en donde se escucha la voz del Espíritu.

Veó tal vez demasiados eventos y hechos externos; pero me parece que el Espíritu Santo está en segundo plano. No puedo olvidar el texto del Evangelio "todo pecado se perdona, menos el pecado contra el Espíritu Santo".

4. El Reino de Dios. He entendido vitalmente que todo está al servicio del Reino de Dios y que Jesús vino a anunciar su Reino. "Venga a nosotros tu Reino". No es fácil asumir que estamos al servicio del Reino y que la Iglesia no puede estar centrada en sí misma sino al servicio del Reino y del Mundo. Siempre recuerdo el pensamiento del Papa Paulo VI: "Lo único absoluto es Dios y el Reino de Dios".

Es fácil encerrarse en uno mismo, bajo la protección de las estructuras y de las normas, pero el cristianismo que no es misionero deja de ser cristiano. Una Iglesia no misionera no es Iglesia de Cristo. La Iglesia que anuncia el Reino de Dios es la Iglesia que Jesús quiere.

B- En segundo lugar, después de expresar mis creencias más valoradas deseo hablarles de mis sueños y esperanzas porque he entendido que "quien sueña es un rey y aquel que no sueña es un mendigo".

a) Espero llegar a la casa definitiva y que el Padre Misericordioso me reciba en su Paz. Coincidió con lo que me dijo el último de mis hermanos, minutos antes de fallecer con mucha lucidez y buen humor. Yo le decía que se encontraría con el Padre Hurtado y él me dijo "prefiero encontrarme con San Pedro porque él tiene las llaves" y poco después, serenamente, falleció.

El cielo significa la paz y el amor perfecto y cada día, con mayor frecuencia, recuerdo el texto bíblico: "mi alma espera al Señor como el centineía la aurora". La verdad es que lo espero y "tengo sed de Dios", como dice la Biblia.

b) Espero que nuestra Iglesia no calga en la tentación de modernización para captar simpatía o nuevos adeptos; pero confío que nuestra inteligencia y nuestros corazones puedan entender y acoger a todas las personas con la libertad y la amplitud de Jesucristo. Nuestra primera opción son los pecadores y la segunda son los pobres. El corazón de Cristo es universal y solidario con todos.

c) Sueño con una Iglesia cada día más respetuosa de la dignidad humana en la cual todos somos hijos de Dios, que no haya diferencias entre ricos y pobres, entre el hombre y la mujer, entre los más inteligentes y los limitados.

Sueño con una Iglesia que escuche antes de hablar, que acoja y perdone sin querer condenar, que anuncie más que denunciar. Sueño con la Iglesia en la cual el Espíritu Santo se sienta muy acogido. Es la Iglesia que busca caminos nuevos. Al presentar un libro sobre el Obispo Manuel Larraín recalqué que él "nunca fue muralla y siempre fue un horizonte".

Esa Iglesia existe, gracias a Dios y los ejemplos de los santos canonizados en los últimos años muestran la realidad de hombres y mujeres que irradian luz, esperanza y alegría. Son los santos "contentos", bastante mayor en número de lo que parece; pero que viven en silencio adorando a Dios y sirviendo a quien pasa por su camino.

Me ha impresionado un pensamiento del Cardenal Ratzinger en este Año 2004: "la percepción del cristianismo como algo institucional y no como

un encuentro en Cristo, ha llevado al hecho de que hoy día "el cristianismo deje de verse como una fuente de alegría".

A veces parece que lo institucional es demasiado fuerte y ahoga al Espíritu. Percibo que "el amor primero" está amenazado por las estructuras y por la maquinaria de la organización. Con mucha verdad el Papa Juan Pablo II pide pensar en "una nueva Evangelización en sus métodos, en sus expresiones y con un nuevo ardor". Es la Iglesia peregrina, en permanente éxodo y liviana de equipaje. Si los pastores olvidamos este llamado de siempre, el Pueblo de Dios se instalará rápidamente en lo establecido.

La Iglesia no es una empresa y más que el argumento de autoridad valen los testimonios de esas vidas que traslucen el rostro de Jesús y que siembran fe, esperanza y verdad.

d) Sueño ver más cristianos comprometidos con la justicia que debe preceder a la caridad. La sola beneficencia puede ser un calmante para tranquilizar las conciencias, sin abordar las causas de las injusticias sociales que nos rodean. Veo las injusticias, la mala distribución del dinero y este pecado no parece estar bastante clarificado por nosotros. La moral social necesita estar más integrada con la moral individual. El dogma de la Encarnación necesita ser más proyectado en la vida humana y social con sus consecuencias. Jesús se encarnó en lo humano y eso exige una Iglesia marcada por la justicia y por el respeto a los derechos humanos en sus diversas proyecciones. No es posible olvidar que Jesús no murió por los ángeles sino por los hombres y mujeres de todos los tiempos.

e) Los católicos estamos bajando en los números de las estadísticas. Allí hay un llamado de Dios a buscar respuestas nuevas a problemas nuevos. Está el llamado a pensar y rezar más nuestras vidas y nuestras acciones que necesitan ser entendidas por una generación muy religiosa que parece no comprender a nuestra Iglesia. No es sano culpabilizar a otros. Es mejor buscar en nuestros corazones las respuestas reales a estos alejamientos y esta sangría silenciosa de los que se van sin decir nada. En las pequeñas comunidades cristianas se vislumbra una respuesta verdadera.

f) Sueño en que se haga más realidad el texto bíblico de los Hechos de los Apóstoles "nosotros queremos dedicarnos a la oración y el servicio de la Palabra de Dios"

Los primeros Apóstoles eligieron diáconos y otros ministerios para que no se perdiera la maravilla del sacerdocio en actividades que pueden realizar otras personas. Los Apóstoles también comprendieron que Jesús los había llamado en primer lugar "para estar con Él" y "anunciar el Evangelio". Actualmente "el personal consagrado" como se dice, realiza muchas labores de suplencia; pero lo fundamental a veces aparece deslavado o disminuido.

Agradezco a Dios, a mi Iglesia Católica y a todos ustedes. Su presencia es un apoyo y saberse querido nos hace bien a todos. Con los años creo que me he humanizado bastante y he dejado de lado la rigidez de mis primeros tiempos.

"Ven Señor Jesús" y que su paz les acompañe siempre.

GONZALO DUARTE, OBISPO DE VALPARAÍSO VICEPRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL

En ausencia del Sr. Cardenal Francisco Javier Errázuriz, nuestro presidente Arzobispo de Santiago, quien en estos momentos está llegando a esa ciudad procedente de Bogotá, donde estaba ejerciendo sus funciones de Presidente del CELAM, hemos venido, Don Carlos, con mucho cariño, a acompañarlo y a unirnos a la acción de gracias al Señor, por sus 60 años de Ministerio en el sacerdocio.

Don Carlos fue durante 30 años miembro de nuestra Conferencia Episcopal, durante dos períodos fue nuestro presidente y nosotros agradecemos al Señor y le agradecemos a él su magisterio claro y lúcido y su conducción serena y firme. Nos da una inmensa alegría que después de haber dejado el gobierno episcopal de esta Diócesis de Talca, haya podido seguir prestando su gran servicio como padre y pastor de muchos cristianos y un enorme servicio como padre y pastor, particularmente, de sacerdotes y obispos, en retiros, jornadas y conferencias dadas aquí en Chile y en el extranjero, estamos muy contentos de ver a Don Carlos entuslasta, de ver a Don Carlos esperanzado y nos unimos con mucha alegría a su acción de gracias y a la acción de gracias de la querida Iglesia de Talca en esta tarde.

Don Carlos muchas gracias a usted, y entre todos le damos muchas gracias a Dios.

CAPÍTULO III

60 AÑOS DE HUMANIDAD





Mensaje de Monseñor
CARLOS GONZALEZ CRUCHAGA
En la Ceremonia de Celebración de sus 60 años de sacerdocio
"60 AÑOS DE HUMANIDAD"

UNA GRIETA PELIGROSA

Talca, 7 de octubre de 2004
Gimnasio Colegio Manuel Larrain

UNA GRIETA PELIGROSA

Estimados Amigos:

Deseo agradecer tantas muestras de afecto que he recibido en estos días y sólo puedo decirles que Dios se los pague. Él es buen pagador.

El 23 de septiembre, en la Misa celebrada en la Iglesia Catedral con motivo de mis sesenta años de vida sacerdotal, recordé que Jesús no murió por los ángeles sino por los hombres y mujeres de todos los tiempos.

Un cristianismo desencarnado no es consecuente con quien nació en Belén y murió en la Cruz. La realidad de la Encarnación de Cristo es la base de toda vida cristiana.

En este día que ustedes han llamado "sesenta años de humanidad" deseo plantear el problema humano de la desigualdad y la mala distribución de los bienes que no es el querer de Dios que nos revela Jesucristo.

A- UN PROBLEMA DE SIEMPRE

La mala distribución de la riqueza es una realidad permanente en todos los lugares y en todos los tiempos.

Con espíritu de fe, ojalá que con serenidad, deseo presentar la visión de quien ha recorrido varias etapas de la vida, e intentaré "agradar a Dios y no a los hombres", como siempre repetía Don Manuel Larraín.

No deseo hacer un discurso de nostalgias del pasado; pero sí deseo con ustedes pensar en el futuro y algunos recuerdos pueden ayudar a entrar en el tema. Percibo con preocupación, que tal vez inconscientemente vivimos situaciones graves y complejas que serán de grandes consecuencias negativas si no son resueltas en forma digna y cristiana.

Nací en el año 1921 en los inicios del gobierno del Presidente Arturo Alessandri y era el tiempo en que Chile estaba despertando de la gran tranquilidad, del siglo XIX. Se recordaba a Arturo Prat y se veían en las calles a "los veteranos del 79", soldados sobrevivientes de la guerra del Pacífico.

Me impactó la crisis económica mundial del año 1929 hasta 1931 y que se acrecentó en Chile por el cierre de las salitreras en el Norte. Era fuerte ver las largas filas de chilenos en "las ollas comunes" y asistir al colegio con los pantalones parchados y con los zapatos en malas condiciones.

Vi desfilar sucesivos presidentes de Chile: entre los cuales recuerdo a Carlos Ibáñez del Campo y su dictadura; a Pedro Aguirre Cerda con el "Frente Popular"; Salvador Allende con "la Unidad Popular" y "el socialismo a la chilena, con empanadas y vino tinto".

Viví intensamente por 17 años el Gobierno Militar, desde 1973 hasta la llegada de Patricio Aylwin.

He visto como "el orden establecido" suele quebrarse y recuerdo el pensamiento del Padre Hurtado: "Se es responsable de una revolución no sólo cuando se la hace, sino también cuando se la provoca".

La mala distribución de las riquezas se proyecta en el tiempo y generalmente no deseamos mirar esa realidad. Es doloroso ver la gran desigualdad en

que viven las personas y cómo la cuenta la pagan los más frágiles y cómo se enriquecen aún más los poderosos.

Vivimos en un esquema social injusto, en términos cristianos estamos "en pecado mortal" y con razón se habla del "mercado cruel".

Se ha progresado en forma notable y basta recorrer las carreteras de Chile para afirmarlo. Ha subido el estándar de vida y también han crecido las expectativas de nuestros compatriotas. Han disminuido los indicadores de la "pobreza dura"; pero falta mucho por avanzar.

Casi todos los días, por los medios de comunicación, se percibe la gran complacencia por nuestros avances económicos, lo cual es verdadero, pero las causas de muchos problemas subyacentes están escondidos o maquillados.

Sólo entregaré algunas cifras y estadísticas. Espero que muchos de ustedes hayan escuchado comentarios sobre los informes de las Naciones Unidas y sobre los resultados de la encuesta Casen. Son trabajos serios y confiables; pero en esos documentos no se puede expresar lo que sucede en el corazón de las personas. Chile está entre los 15 países del mundo con peor distribución de la riqueza, el 50% de los trabajadores no han completado su enseñanza media y la desigualdad no ha disminuido.

Mayor enriquecimiento ha significado mayor desigualdad y los monopolios han acrecentado las fortunas de unos pocos, con la mayor pobreza de muchos.

Los Estados, por lo general, son más débiles que los grandes monopolios y las decisiones globales no son siempre asumidas por los gobernantes, sino por los poderosos. El mercado regula los empleos, los salarios y las condiciones de vida.

Reitero lo expresado por Alberto Hurtado: las revoluciones se provocan en el tiempo y no son los actores materiales los principales responsables. Esta afirmación es fácil de comprobar con las revoluciones y la Independencia de Chile y de todos los países de América. Fue el resultado de la prepotencia y de los errores de los gobiernos europeos.

B - CUATRO ROSTROS PREOCUPANTES

a) Los temporeros, más de 400 mil chilenos, que son perjudicados en su familia por no tener estabilidad. Ellos no están entre el escaso 10% de los trabajadores que ha ejercido su derecho a sindicalizarse.

b) Los ancianos con una pensión preocupante. En el año 2004 existen 1.700.000 ancianos y en el año 2020 habrán sobrepasado los tres millones. Se va agudizando una realidad dolorosa, que tal vez nos negamos a pensar. Hace pocos meses atendí a un anciano en su última enfermedad, recibía una pensión de 37.300 pesos y un bono de invierno de 20.000 pesos ¿cómo se puede vivir con dignidad en esas condiciones?

Los medicamentos suelen ser caros y es un misterio constatar como se vive en forma tan precaria.

c) Los pequeños campesinos, eternos marginados y casi ignorados, porque siempre se habla de "la agricultura"; pero casi nunca de "los campesinos" que son personas que trabajan y viven preocupados de la tierra y de sus problemas locales. Con frecuencia son explotados por los Intermediarios que compran sus productos a vil precio.

d) Los cesantes. Según los datos existe entre un 8 a un 10% de la población activa sin trabajo. Es una cifra engañosa porque hay tantos cesantes disfrazados como "el que lleva agüita para las flores" en los cementerios o el que vende "superocho" en las esquinas o en las micros.

La falta de trabajo por tiempo prolongado es fuente de agresividad y de resignaciones negativas y qué verdadero es lo que expresó un cesante "aquí se nos quebró la poesía".

Hemos optado hace muchos años por la técnica avanzada y eso ha traído una cantidad mayor aún de gente sin trabajo. Es una opción válida; pero sacrificar la persona para reemplazarla por la máquina es un costo peligroso y casi sin solución.

Los temporeros, los pequeños campesinos, los ancianos y los cesantes, muchas veces pierden su identidad personal que tal vez nunca fue muy definida; pero saberse "poca cosa" y pensar que "ahora no soy nadie" es tremendamente injusto e inhumano.

La rabia y la amargura crecen por dentro y esa realidad, si explota socialmente, crea grandes problemas y rebeldías.

No tengo mayor interés político o partidista. Veo el mañana y creo con honestidad que este actual sistema, a lo largo del tiempo, va a colapsar con grandes dolores de cabeza, con mucha violencia y con mucho odio. Por eso considero urgente pensar cómo mejorar este deshumanizado esquema. Estamos absortos en el consumismo, por la enfermedad de comprar lo que sea; pero qué poco se piensa en lo que se está generando, posiblemente, a largo plazo.

He visto muchas reacciones de frustración, he observado muchos rostros con odio que no se atreven a expresar lo que piensan y creo que en sus corazones se va generando rabia, desamor, con muchos problemas personales y sociales.

A todos nos preocupa la delincuencia, el crecimiento de la drogadicción, el alcoholismo, las violaciones y los accidentes de los jóvenes que regresan de los "carretes"; pero qué necesario es reflexionar que todas esas reacciones no se arreglan colocando más murallas y alarmas en las casas o aumentando las normas prohibitivas. Como ha dicho sabiamente mi sucesor Don Horacio Valenzuela: "De poco servirá mejorar los caminos si no hay incentivos para caminar, de poco servirán casas nuevas si no hay amor familiar que cobijar. Progresar sólo puede significar avanzar hacia una vida humana, más plena, más feliz". (En el Te Deum, 2004).

Las soluciones transitorias suelen ser parches, pero el odio, la baja estima, las frustraciones, sólo se superan con justicia, con verdad y con amor. No basta la beneficencia y los consejos paternalistas. Crece la brecha entre padres e hijos porque lo individualista está ahogando lo comunitario.

Pido reflexionar y pensar en el Evangelio y en la persona de Jesús. Allí está la verdadera respuesta.

C - ALGUNOS CRITERIOS PARA CONSTRUIR UN DECÁLOGO SOCIAL

No tengo respuestas técnicas para dar la solución adecuada a estos grandes temas sociales. No soy economista, ni sociólogo y sólo puedo decir como San Pedro al paralítico en la primitiva Iglesia "no tengo oro ni plata, pero lo que tengo te lo puedo entregar" y le devolvió la salud en nombre del Señor Jesús.

Algunas reflexiones:

1. Es necesario abrir el corazón y los ojos para entender la magnitud de esta grieta entre pobres y ricos. Se trata de "internalizar" estas situaciones.

2. *"La tierra es mía y el oro es mío, dice el Señor"*. Está en la Biblia. No somos dueños sino sólo administradores de los bienes y del dinero. Fuimos creados por Dios para colaborar en la obra de la creación y quien se hace propietario de lo ajeno comete un error, por no decir un pecado.

3. Es justo tener aquello a lo cual se le puede dar vida y lo que sirve para mejorar una digna calidad de vida.

Acumular bienes superfluos, no es una actitud cristiana. Tener por tener, o por aparentar, va contra la ley de Dios.

4. La solidaridad y la recta distribución de las riquezas es el criterio cristiano enseñado por la Iglesia. Jesús alabó a Zaqueo cuando él dijo "repartiré la mitad de mis bienes a los pobres". "Ese día entró la salvación a esa casa". Ese es el sentido del Evangelio que se nos pide entender, aceptar y practicar.

5. Ningún proceso es irreversible. Desde joven escuché lo contrario; pero he visto cómo lo que parecía definitivo deja de serlo. La caída del muro de Berlín significa que lo que parecía permanente fue transitorio. Es necesario abrir caminos para esta nueva etapa de la humanidad.

6. Todo tiene antecedentes y todo tiene consecuencias. Caen los muros, caen las torres, caerán los sistemas imperantes. Lo importante es ver qué está naciendo y apoyar ese palpitar de vida nueva, normalmente muy frágil en sus inicios. En la juventud surgen rasgos solidarios que necesitan ser apoyados con respeto e inteligencia.

7. Es fundamental tratar de entender el mundo de los pobres, sus puntos

vitales; sus alegrías, sus tristezas y sus esperanzas. Constituye un enorme desafío. No basta trabajar "para" ellos, tiene que ser "con" ellos. Cualquier solución o camino sin ellos será muy engañosa y conducirá a la corrupción de los pobres. El drama presentado en la película "Machuca" está abierto: ¿es imposible juntar a los dos mundos?

8. Pasar del "tener" al "servir" para llegar al "compartir". Mayor riqueza no es necesariamente mayor bienestar. Es necesario invertir, crear fuentes de trabajo, sacar el capital a la mesa social, sacarlo de la especulación de la banca y del mercado. Para que haya menos cesantes, algunos tendrán que tener menos ganancias y renunciar a algunos lujos. Sólo así se puede abrir un mundo con más verdad y justicia.

9. Tenemos democracia en lo cívico y muchos rasgos de dictadura en lo económico, lo cual hace más débil nuestra realidad social. El gran dios es el dinero y el éxito. Una consecuencia no querida es la corrupción, el negocio fácil altamente rentable. Cuesta unir democracia y una economía realmente social. La violencia social puede seguir creciendo y todos somos responsables. La solución se percibe más cercana cuando toda autoridad es entendida como servicio y no como poder.

10. Desarrollar la capacidad de trabajar con otros y crear "confianzas". Vivimos con gran frecuencia paralizados y sospechando de todos. Muchas posibilidades y caminos de solución a la pobreza se ven boicoteados por desconfianzas, sospechas y miedos.

D - CONCLUSIÓN

Deseo recalcar el problema del mundo rural. Los campesinos están amenazados con perder su cultura y mentalidad lo que significa menores posibilidades aún de identidad propia. En esta Séptima Región la inmensa mayoría de sus habitantes tiene raíces campesinas. Es muy peligroso perder las raíces porque se vive sin rumbo fijo. La vida rural debería ser una gran prioridad para todos los que tienen capacidad de decisión, en todos los niveles.

Es urgente orar y pedirle a Dios la gracia de ser verdaderos y transparentes.

Confíemos en la acción del Espíritu Santo que puede transformar "el rostro de la tierra" como dice la oración de la Iglesia.

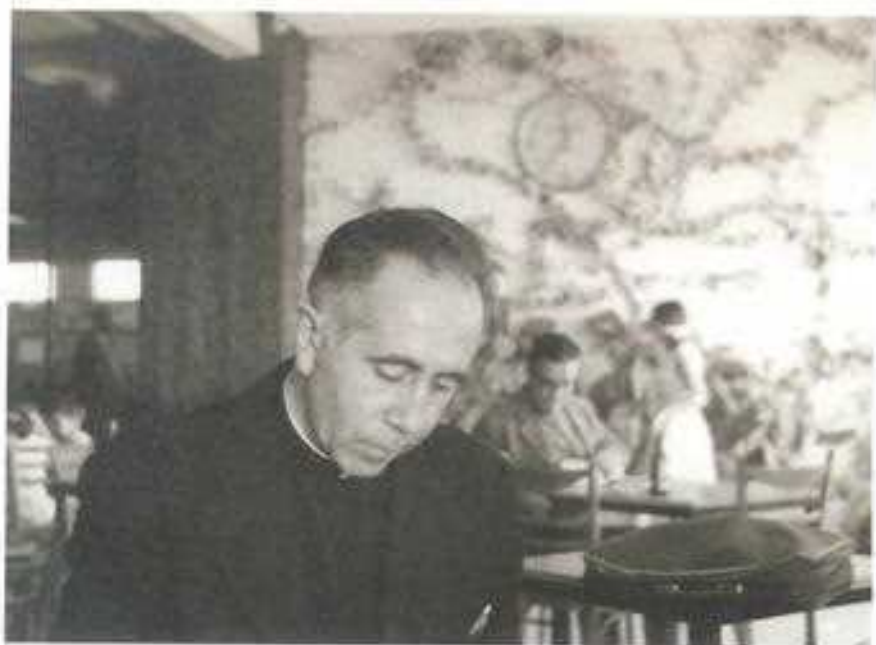
En Pentecostés, en la venida del Espíritu, en el nacimiento de la Iglesia, se transformó el corazón vacilante y cobarde de los Apóstoles. Se estableció el diálogo entre personas de diferentes idiomas. Se creó "un corazón nuevo" en esos primeros cristianos y la vida fue diferente, más solidaria y más fraternal.

He intentado presentar problemas de difíciles predicciones. Tengamos el valor de abordarlo con seriedad y recordemos el pensamiento de San Agustín: "los tiempos son malos, seamos nosotros mejores y los tiempos serán mejores. Nosotros somos el tiempo".

Les agradezco nuevamente el cariño de ustedes. Hoy siete de octubre, la Iglesia Católica recuerda a la Virgen del Rosario. Ella entendió la solidaridad, la justicia y tenía un corazón limpio. Que la Virgen nos cuide y nos bendiga.

CAPÍTULO IV

TESTIMONIOS





Ceremonia de Celebración de sus 60 años de sacerdocio
"60 AÑOS DE HUMANIDAD"

TESTIMONIOS

Talca, 7 de octubre de 2004
Gimnasio Colegio Manuel Larrain

Rose Marie Wallace
Fernando Reyes
Rosalina Yáñez
Christian Suárez Crothers
Enrique Correa
José Antonio Viera Gallo
Máximo Pacheco

TESTIMONIO EN NOMBRE DE LA FAMILIA DE MONSEÑOR CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA

Rose Marie Wallace*

Me siento muy honrada de estar aquí para entregar mis testimonio en nombre de la familia de Carlos González.

Lo conocí en 1948, en uno de los tantos almuerzos familiares en casa de mis futuros suegros. A ellos asistían sus hermanos y sus familias, primos y amigos. Mi suegro era muy permisivo con sus nietos y muy aficionado a plantear problemas de actualidad que produjeran alguna discusión, ya que había gran pluralidad de pensamiento. Hubo ocasiones en que Carlos llegaba con varios sacerdotes o seminaristas, se sentaban a la mesa y se comían todo el almuerzo. Mi cuñada, que corría con la casa, debido a que mi suegra estaba enferma, nos pedía que esperáramos un poco ya que había que hacer almuerzo de nuevo.

A todos nos pareció un privilegio tener un sacerdote en la familia, especialmente uno como Carlos, un poco parco, muy serio y siempre apurado, pero con una entrega increíble; nunca nos desoyó ni dejó de dar un certero consejo y jamás estuvo ausente en los momentos en que lo necesitábamos.

* Cuñada del Obispo; casada con Enrique González Cruchaga, hermano de Monseñor Carlos González.

Como sucede en todas las familias, compartimos penas, alegrías y momentos difíciles. Entre las alegrías, sus logros como sacerdote, casamientos, bautizos, vacaciones y encuentros familiares. Carlos casó hermanos, bautizó y casó sobrinos y ahora sobrinos nietos.

Uno de sus gestos especiales para conmigo es el que haya hecho un viaje a Santiago, ida y vuelta, hace sólo un par de años, para officiar la misa de difuntos de mi madre.

Entre las tristezas, compartimos la enfermedad y muerte de Alberto Hurtado que era como un padre para él. La muerte de su madre que le fue muy dolorosa, luego la de su padre y uno a uno la de sus seis hermanos. Posteriormente, la del padre Manolo Arranz, sacerdote que era como un hijo para Carlos y un amigo para todos nosotros. Entre los momentos difíciles podemos destacar el episodio de Riobamba, que tanto nos preocupó, ya que sólo sabíamos lo que decía la prensa, y su regreso a Santiago, donde su familia fue agredida violentamente en el aeropuerto, lo que lo afligió mucho.

Tal vez no le hayamos expresado nuestra permanente preocupación, durante el período que fue Presidente de la Conferencia Episcopal, etapa muy difícil para él, la Iglesia y el país. Espero que haya sentido la cercanía de su familia, porque realmente Carlos sufrió mucho en esos años.

En estos momentos él es el patriarca de la familia, el amigo, cuñado y tío cariñoso, el abuelo para mis hijas y demás sobrinos...

Sigue siendo parco, apurado y le cuesta expresar sus sentimientos; es su naturaleza.

Sin embargo se expresa muy bien escribiendo y es como mejor se le conoce. Sus libros reflejan su alma caritativa, comprensiva, conocedora del alma humana y su especial preocupación por los pobres, marginados, ancianos, trabajadores, enfermos y sacerdotes.

Creo que en esta etapa de su vida, está muy creativo, y muy contento del camino elegido. Para nosotros es un ejemplo de tolerancia y firmeza en sus creencias y valores, alguien en quien poder apoyarse siempre. Carlos te queremos mucho y en nombre de la familia quiero agradecerle todo el amor que nos has brindado. También quiero agradecer a todos ustedes el cariño y solidaridad que le han demostrado a través de todos estos años, creo que han sabido apreciar el amor que él les ha dado; está a la vista.

«CUANDO NOSOTROS NO TENEMOS VOZ, DON CARLOS TIENE VOZ POR NOSOTROS»

Fernando Reyes*

Testimoniar en tan cortos minutos a Don Carlos González es muy difícil. Más todavía, cuando uno es "huaso campesino".

Quisiera recordarle a Don Carlos cuando tuve la oportunidad de conversar con él. En aquel entonces, participamos en un retiro en la Central Los Maquis, donde celebramos una liturgia. Allí asistimos dirigentes campesinos de organizaciones sindicales y dirigentes de los asentamientos. Tuvimos una conversa con don Carlos, la que me quedó marcada hasta el día de hoy.

¡La verdad es que uno se cree muy malo! En ese minuto me trataban muy mal, era terrorista, era revolucionario, era antipatriota... y yo se lo conté a Don Carlos, ahí solito en una capilla. Don Carlos me dijo con esas palabras que él tiene "usted caballero no es malo" y me quedé con eso por muchos años.

Cuando había trabajadores, de mi organización, que estaban siendo perseguidos, torturados, relegados y otros que nunca más pudimos conversar con ellos. En ese minuto algunos campesinos me decían "¿Tú quisieras conocer a Don Carlos?" Y con palabras de campesinos "¡es un viejo muy agallado!". Y la verdad es que también me contaban otras cosas. Pero cuando yo tuve acceso a conversar con él, comprobé que era así, con todas esas palabras que tiene don Carlos, lo deja a uno "marcando ocupado", pero sí que lo ayuda a reflexionar.

* Es dirigente campesino de Curicó. Fue perseguido y maltratado en el Gobierno Militar. Tiene una familia numerosa y trabaja en una parcela.

En otra oportunidad, conversamos con Don Carlos y le dijimos todo lo que estábamos pasando y sufriendo. Y nos dice: "Yo voy a estar arriba y ustedes están abajo, yo voy a mirar qué es lo que están haciendo". Algunos de los dirigentes no se quedaron muy contentos ¿qué es lo que nos quiso decir? O sea nuevamente nos hacía reflexionar.

En otra oportunidad, vengo a hablar con él por problemas de mi organización y le planteo un montón de cosas y me dice don Carlos: "Hable con Jorge Brito, él es la puerta".

Bueno en todo este caminar, logré aprender lo que Don Carlos me decía... ¡Con todas esas palabras!... pero logré aprender.

Y escucho a Don Carlos. Cuando nosotros no tenemos voz, Don Carlos tiene voz por nosotros, cuando nosotros no tenemos quién nos defienda, Don Carlos nos defiende, cuando no tenemos qué hacer, Don Carlos tiene algo que hacer por nosotros y crea la Fundación CRATE.

¿Qué hizo Don Carlos por nosotros? Nos dio dignidad, nos levantó, nos dio libertad cuando otros nos tenían oprimidos. Eso no lo podemos olvidar, se lo quiero recordar Don Carlos, ya que usted siempre estuvo con nosotros. Estuvo en la capacitación, nos orientó, nos levantó, nos dio dignidad, nos enseñó a ser personas cuando estábamos más complicados.

Don Carlos en otra oportunidad nos volvió a decir en la Central de Los Maquis "si ustedes no son tan malos, si los otros dicen que son malos, no lo son, si lo que quieren es dignidad y libertad, eso es bueno".

Cuando vino el Santo Padre a Chile, Don Carlos me nombró para estar entre los primeros diez que estarían con el Papa. Nos encontramos abrazados al Santo Padre y le cuento qué es lo que le pasa a muchos de los que estamos aquí. Me dice: "No se preocupe esto va a cambiar". Y la verdad que cambió. Vivimos otros tiempos, pero aparte de eso, me dice Don Carlos: "ahora te vas a ir a trabajar y vas a vivir tranquilo". ¡Gracias don Carlos estoy viviendo tranquilo y estoy trabajando por usted, estoy comiendo también por usted!. Estas cosas, Don Carlos, quiero que toda la gente las sepa.

Podríamos hablar mucho tiempo. No tenemos mucho tiempo, pero si quiero recordar. Una vez don Carlos me invitó a la presentación de un libro "Campesinos para una mayor dignidad". Pero también don Carlos cuando cumple 25 años de Obispo, me invita y les repito, creo que para Don Carlos no fue tan malo. De entonces es una foto en el gimnasio municipal de Molina. En el programa que hace don Carlos en esa celebración de los 25 años de Obispo, los primeros son los campesinos en el gimnasio de Molina. Para que vean que los campesinos estamos en la mente y en el corazón de Don Carlos.

Don Carlos, alguien escribió por ahí, "la vida se le da una vez al hombre, por ello debe cuidarla, para que de tal manera, un pasado miserable y mezquino no le queme los años vividos, y que muriendo pueda decir he dedicado toda mi vida a lo más hermoso de este mundo: la liberación de la humanidad".

HAY UN TIEMPO PARA AGRADECER...

Rosalina Yáñez*

Me he tomado la libertad de parafrasear el texto del Eclesiastés porque percibo que un sentimiento de gratitud es lo que hoy nos congrega aquí y porque eso es lo que hoy quiero expresar a Don Carlos, en mi nombre, y en nombre de tantas y tantas personas que, en distintas circunstancias de su vida, recibieron de él, la palabra de apoyo, la respuesta esperanzadora, el consuelo oportuno.

Don Carlos:

Gracias, en primer lugar, porque usted nos invitó a conocer y vivir los fundamentos esenciales del Evangelio de Jesús. Su palabra breve, sencilla y precisa nos llevó a intentar una práctica cristiana fiel a Jesucristo, comprometida con el mundo aquí y ahora.

Gracias, a nombre de todos lo que trabajaron en el Colegio Integrado, por haber tenido siempre su apoyo irrestricto y resuelto en el desarrollo de nuestra tarea educativa, en lo que fue el primer proyecto pedagógico de integración de nuestro país.

* Profesora, Dirigente social, ex-Directora del Colegio Integrado, Talca. Fue la primera encargada de la Vicaría de la Solidaridad en Talca.

Gracias por su defensa de los derechos humanos de las personas que sufrieron las consecuencias del Golpe el año 73, creando la filial del Comité Pro Paz, a la que fuimos Invitados a asumir la tarea solidaria de defensa, apoyo y acompañamiento de los que en ese momento eran los más desposeídos.

Gracias por entregarnos su confianza, por tratarnos como adultos responsables, capaces de responder a las exigencias del Evangelio.

Gracias por escucharnos, por respetar nuestras individualidades y corregir fraternalmente nuestros yerros y debilidades, gracias por consolarnos en los momentos difíciles de nuestras vidas.

Gracias, mi buen Padre Dios, por haber tenido el privilegio gratuito de caminar gran parte de mi vida cerca de Don Carlos.

A DON CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA: NUESTRO OBISPO

Christian Suárez Crothers*

Nos ha pedido nuestro buen e inteligente José Egaña que en tres minutos le digamos a Don Carlos, desde la mirada de lo que hacemos y somos aquello que sentimos por él y por qué. Él, que lo conoce como ninguno, sabe que esto es una prueba de fuego para todos nosotros, porque nos obliga a lo esencial y lo esencial no siempre está a la vista.

Yo quisiera, primero, decirle a Don Carlos, que lo queremos. Lo queremos porque desde su silencio nos inunda con su palabra, con sus gestos, con su misericordia, con su comprensión y su amor por todos. Don Carlos era para mí, antes de conocerlo, una figura enorme de la Iglesia chilena, una figura casi mítica que representa a una Iglesia que nos amparó a todos cuando en medio de la desolación fue la voz y el remedio de los privados de voz y de esperanza. Sentí el otro día una profunda emoción al verlo rodeado, junto a sus hermanos Obispos de los tiempos en que presidía la Conferencia episcopal. Vi en ellos la fuerza que hoy requerimos quienes "estamos" en política para ser sal de la tierra y para dar testimonio de esperanza, de verdad y renovación.

* Intendente de la Región del Maule.

Hoy, cuando con seguridad ha sido Dios quien me ha dado la suerte de conocerlo, de las no muchas ocasiones en que he estado con él, pese a que nos ha abierto las puertas (como a todos quienes estamos aquí para no ser una muralla sino siempre un horizonte), he recibido en cada uno de esos breves momentos un aliento infinito, la fuerza de su paz interior y siempre, siempre... una sabia lección, una enorme lección de esas que no se aprenden ni siquiera en un tratado.

Don Carlos es inefable. Con poco consigue mucho. Es un pastor de silencios expresivos que con gesto y su palabra precisa es un cómo el Arquímedes de Cristo en la tierra. Su palanca es la fe y su creencia en el Dios Misericordioso y de bondad que nos mencionaba el otro día. Y por Dios cómo usa esta palanca.

Yo creo Don Carlos que usted tiene una fuerza enorme. Todos aquí lo respetamos, todos aquí hablan secretamente de esa fuerza y poder (¡Oh! dicen: si Don Carlos lo sabe todo, está enterado de todo... ¿La mirada atenta y el paso ligero?): pero todos sabemos que su poder no es el de este mundo aunque usted mueve también a los poderosos de este país y los interpela. Perdóneme, pero yo siento que su poder es el del niño que trasunta en su mirada, que abandonó la posición expectante de una familia patricia, buena y acomodada, para dedicarse a Dios y por medio de Él a los más humildes.

Usted es el buen pastor que anuncia el reino y que ha logrado "evangelizar con creatividad", como pedía en su homilía de celebración de los 60 años de sacerdocio.

Quisiera, en segundo lugar, decirle que le agradecemos por estos 60 años, en los que ha extendido su mano para que el espíritu divino fluya para colmar nuestros vacíos y soledades. ¡Qué enorme pastor ha sido! ¡Cómo nos invita cada día, con su testimonio y carácter, a ser más enteros y mejores! A preocuparnos por los enfermos: y ahí está logrando usted el hospital, por los campesinos, por los desempleados, por los pobres, porque seamos más cristianos en política, sin importar dónde millitemos.

Yo le agradezco a Don Carlos, porque en este mundo ensimismado ajeno tantas veces a la caridad y a la misericordia él sigue viendo a Jesús en el rostro de los pobres y marginados. Y él ve a un pobre que escucha sin nunca ser escuchado. Por eso su silencio. Por eso esta invitación al silencio, a la brevedad a que buenamente nos constriñe José Egaña, para sentir en este cálido espacio el sutil aliento de los alegres de Dios, de los "santos contentos" que irradian luz, esperanza y alegría. Aunque a veces ese sutil aliento ha asumido la fuerza de un huracán.

Eso es exactamente usted Don Carlos: una invitación a un mundo mejor, más

humano, más lleno de vida personal y espiritual, más inundado por la doctrina de Cristo.

La violencia de estos tiempos, que es probablemente la de todos los tiempos, seguirá siendo amagada por el espíritu tolerante y abierto de la Iglesia que usted tanto quiere y que formamos todos con nuestras virtudes y defectos. Esta comunidad de creyentes, agnósticos o lo que sea, esta comunidad de personas que lo queremos y respetamos le ha abierto hace mucho tiempo las llaves de su corazón. Y pese a que usted musita: "mi alma espera al Señor como el centinela la aurora", nosotros - con mucho egoísmo quizá - lo queremos aquí para que nos siga brindando con la belleza de su luz y con la fuerza renovadora y juvenil de su palabra.

Gracias Monseñor por mostrarnos el horizonte y por ser una esperanza tan grande para la Iglesia.

"ES DE NOCHE CUANDO HAY QUE CREER EN LA LUZ"

Enrique Correa Ríos*

Querido don Carlos:

Cuando lo conocí, venía llegando hace apenas algunas horas desde mi pueblo, allá en Ovalle.

Fue uno de los primeros santiaguinos que conocí en la capital. Los otros, los anteriores, eran visitas que recibíamos allá en la provincia, con gran curiosidad y entusiasmo, porque provenían de una gran ciudad de la que sólo sabíamos de oídas, por la radio o por la conversación de los viajeros.

Usted me introdujo en la vida moderna de ese tiempo, en el pensamiento avanzado de ese tiempo, en las sensibilidades sociales más trascendentes de ese tiempo.

A través suyo, asimilando sus ideas, sus conceptos, sus creencias y sus convicciones, me convertí en un joven de la década de los 60.

Gracias a usted supe del Concilio, hice mío el pensamiento del Cardenal Montini, de ese gran Paulo VI.

* Ex-Secretario General de la Presidencia de don Patricio Aylwin Azócar.

A usted le oí, por primera vez, que la política sería siempre la pasión de mi vida.

A su lado conocí a mis maestros intelectuales, a Monseñor Hourton, al Padre Comblin.

También cerca suyo conocí el otro lado de la Iglesia, a Monseñor Medina, a Monseñor Antonio Moreno. A usted le oí que la Iglesia era así, creía en un solo Dios, pero abrigaba en su interior distintas creencias. Gracias a que lo comprendí, no abandoné jamás la Iglesia, ni siquiera en los años más duros, más polarizados, más afebrados y más ideologizados.

De usted aprendí que ser cristiano es buscar a Dios, amar a la Iglesia y servir a los pobres.

De allí viene, tal vez esta búsqueda incansable de lo que nos trasciende, del misterio de la vida y del amor, de ese modo singular de ser, que tienen todos sus discípulos clérigos o laicos, creyentes o agnósticos. Todos buscan a ese Dios sin nombre, del que habló San Pablo.

En los años más terribles de nuestra vidas, cuando el espanto se nos vino encima y una dictadura nos aplastó, recordé en esas horas de miedo y desesperanza, una carta suya a los seminaristas, escrita en 1962 y que terminaba con una frase tremenda: "es de noche cuando hay que creer en la luz".

Después vinieron cosas peores. Desde la clandestinidad pude ver en la televisión su enorme dignidad cuando la DINA lo provocó al regreso de Ecuador. Ese día se convirtió junto a Fernando Ariztía y al Cardenal Silva, en símbolo del orgullo indómito de un pueblo violentado.

Gracias a jefes como usted seguimos creyendo, en los peores años de ese tiempo de pesadilla, que la libertad existía y que la libertad volvería.

Gracias a que líderes como usted, nunca dejaron de creer, pudimos volver a casa y prepararnos para hacer de la nación chilena, no un motivo de opresión para los que disienten, sino un hogar para todos.

Al fin y al cabo, me enseñó que el amor es algo más que enamorarse, es la razón para vivir, para sobrevivir, para ser eternos.

"DESDE LA PAZ INTERIOR DEL OBISPO"

José Antonio Viera Gallo *

Querido Don Carlos, cuando me pidieron que viniera esta mañana a Talca, yo no tuve ni un minuto de vacilación, porque me parece que como alguien dijo antes, tenemos que cumplir un deber de gratitud hacia su persona y ante lo que usted representa, junto con tantos otros que dirigieron con brillo y con coherencia la Iglesia chilena.

A mí me han dicho que hable desde quien está de lleno en la vida política, y quisiera, en primer lugar, resaltar su compromiso social que siempre no ha dejado de rehuir las consecuencias políticas de la lucha por la justicia y la libertad.

Siempre me ha sorprendido, en usted, que eso lo haga con un gran sentido de paz interior, porque quienes vivimos de los avatares de la vida pública, por muy dura que se tenga la piel, solemos perder la paciencia y vivir intranquilos. En cambio usted irradia paz interior, tal vez porque ese compromiso suyo surge con toda claridad de sus convicciones religiosas y de fe tan profundas, como todos aquí lo han dicho.

* Senador de la República.

Me ha impresionado la eficacia con que usted actúa, no sólo ahorrando palabras, sino que muchas veces ahorrando circunloquios de acción que nos hacen perder el tiempo. Lo realiza, además, sin aspavientos y sin protagonismos personales.

Si pudiéramos dejar de lado actuar y caer en cavilaciones, lentitudes, dudas, y aún por temor a equivocarnos o pagar el costo de incompreensión o crítica por acciones audaces. Tal vez el Cardenal escribió eso pensando en usted, que no escatimó nunca pagar un costo, si era necesario, cuando era indispensable actuar a favor de los más pobres y a favor de la gente y de los derechos humanos.

A mí me tocó estar a su lado, no sólo en Roma, en varias ocasiones, en tiempos de exilio, sino que colaborar en una actividad seguramente muy marginal de las tantas que usted ha hecho, pero que siempre me quedó grabada y que me parece importante resaltar aquí, porque seguramente la mayoría no la conoce. Me refiero a la Fundación San Gabriel, creada por usted para montar una red de información alternativa entre las diócesis de Chile, cuando en el país había una verdad oficial y unilateral. Y esa red alternativa sirvió no sólo para comunicar a la Iglesia, sino que también para comunicar y difundir noticias que revelaban la realidad de lo que pasaba. Después esa red ha sido imitada a nivel latinoamericano y hoy día es una realidad de toda la Iglesia de América Latina conectada por Internet, siendo que esto fue obra suya y obra, de alguna manera, previsoras de los tiempos futuros y de las tecnologías. Pero lo más notable en esa Fundación fue el proyecto Belén, nacido poco antes del plebiscito, con el propósito que las personas participaran en la vida pública, se inscribieran en los registros electorales y tuvieran una conciencia cívica bien formada, conforme a sus propias convicciones, y ese proyecto realizó numerosas actividades y al mismo tiempo también sirvió para controlar el resultado y funcionamiento del propio plebiscito.

Termino, Don Carlos, señalándole que, como dice usted, ojalá todos pudiéramos ir con la misma fuerza en el compromiso político social, pero ligeros de equipaje, pudiéramos tener libertad de espíritu y pudiéramos tener paz interior. Por eso, al venir aquí esta mañana a testimoniar la importancia que usted ha tenido y sigue teniendo en el compromiso de tantos, en la lucha social y en el compromiso político, más allá de banderías de partidos, yo creo que lo que estamos reconociendo, es su figura, su ejemplo y el ejemplo de tantos como usted, que a veces son héroes anónimos de la construcción de este Chile mejor, que quisiéramos soñar para el bicentenario.

DON CARLOS GONZÁLEZ CRUCHAGA

Máximo Pacheco Gómez*

En 1990 fui elegido senador por la VII Región del Maule: Talca y Curicó, cargo que desempeñé hasta 1994. En tal condición tuve la oportunidad de conocer al Obispo Don Carlos González Cruchaga.

Desde el primer momento me unió a él un extraordinario afecto y admiración por sus condiciones humanas, espirituales e intelectuales. Lo visitaba con frecuencia para conocer su opinión sobre la situación de la región, sus problemas y necesidades y siempre me impresionaron su inteligencia y conocimiento de la zona.

Además, pude apreciar su humildad, modestia y sencillez, que se traducían en su lenguaje corto, preciso y directo y en su gran amor por los pobres, enfermos y desamparados. En varias oportunidades me confesé con él y me emocionaron su gran espiritualidad, su conocimiento del alma humana y su objetividad. En muchas ocasiones conversamos sobre su antecesor, el Obispo Don Manuel Larraín y el Padre Alberto Hurtado, y pude apreciar la gran admiración que sentía por ellos y su recuerdo permanente.

Cuando terminó mi senaturía, en varias ocasiones visité Talca y me alojé en su casa, recuerdo con gratitud su hospitalidad y cariño.

Don Carlos ha sido uno de los sacerdotes que ha dejado la más profunda huella en mi espíritu.

* Ex-Senador de la República.

CAPÍTULO V

REFLEXIONES DE UN HOMBRE DE FE



1966 a 1988

RECUERDOS Y PENSAMIENTOS PERSONALES

A la salida del funeral de Don Manuel Larrain dos personas me dijeron que yo podría ser el próximo Obispo de Talca. Nada respondí, aunque sabía que Don Manuel había pedido al Vaticano que me nombrara su Obispo Auxiliar.

Pasaron los meses y en la última semana de diciembre, recibí un llamado del Sr. Nuncio. Allí me comunicó que el Santo Padre Paulo VI me nombraba Obispo de Talca. El 5 de enero de 1967 se publicó el nombramiento y el 5 de enero de 1997 entregué la Diócesis a Mons. Horacio Valenzuela. Habían transcurrido 30 años en los cuales dediqué la vida al servicio de la Diócesis de Talca.

Recibí la ordenación episcopal el 5 de marzo de 1967 y al día siguiente, así me lo cuenta una anciana señora talquina que fue a visitarme, yo le había dicho que me había sentido como Juana de Arco en la hoguera.

Ya había pasado por la clásica visita de los obispos electos al Presidente de la República que se hacía en aquellos tiempos y había dado una entrevista al diario *El Mercurio*.

Se trataba de un mundo nuevo porque mi sacerdocio había transcurrido en parroquias populares, en el Seminario de Santiago, en la Universidad Católica y en la dirección espiritual. Todo era más sencillo y no publicitado. Significaba un cambio de vida. Yo tenía 46 años de edad y 21 años de sacerdocio.

Estaba bastante atemorizado. Conocía a los Obispos, pero era diferente ingresar al colegio episcopal. Me sentía bastante torpe. Soñaba con una Iglesia más cercana a los pobres, deseaba estar apoyando a los débiles y me preocupaban los jóvenes. Nunca olvidaré lo que me dijo un Obispo "ojalá que la cruz no te rasmille la espalda". Sabía que era una cruz, pero su peso era mayor de lo que pensaba.

En la ordenación episcopal usé sotana, alba, casulla y unos guantes blancos, me imagino que de mala calidad, porque así debía ser. Han pasado los años y recuerdo nítidamente esos detalles.

Mucho más importante que lo anecdótico fue la acción de Dios y sentí la fuerza del Espíritu Santo en el sacramento que estaba recibiendo. Gracias al Señor siempre Él me ha regalado la fe y en ese día entendí que estaba recibiendo la plenitud del sacerdocio. Presidía José Manuel Santos y los Obispos consagrantes eran Bernardino Piñera y Gabriel Larraín. Estaban mis hermanos, mi familia y casi todos los Obispos de Chile. Entendí que todo era de Dios y comprendí que el Obispo es el representante directo de Cristo en la Diócesis. Empecé a profundizar lo que esta misión significaba y me sentí cada vez más pequeño para esta tarea.

Después prediqué el retiro al clero de Talca y todavía me acuerdo de la frase que escuché al pasar hacia el lugar donde debía predicar. Venía llegando atrasado un sacerdote y el otro le dijo "colócate lo más adelante que puedas porque este ... habla muy despacio y tiene poca voz". Sin comentarios.

Un sacerdote me acompañó a la cripta de la Catedral donde está enterrado Don Manuel y me preguntó cuál nicho prefería. Le respondí que me daba lo mismo. Él murió poco después.

Sucedir a un Obispo extraordinario era difícil. Don Manuel Larraín era brillante y predicaba muy bien. Era visionario y parece haber sido el gran orgullo de muchos talquinos.

Asumí en la fe esta realidad y me pareció lo más atinado sumarme a la inmensa cantidad de personas que me hablaban bien de Don Manuel, de sus predicaciones y de su talento. Traté de seguir su línea y ahora, a la distancia, me parece que fue lo más providencial.

Sabía que no se debe copiar a las personas y estoy seguro que Dios me ayudó. Había asumido mi realidad y pienso en algunas de mis limitaciones: poca sociabilidad, el no modular bien las palabras, ser demasiado lacónico y bastante capacidad de ironía.

Tuve que dar examen al Pueblo de Dios y nunca he sabido qué calificación recibí.

Aún recuerdo la recepción que me hizo en la ciudad de Curicó un grupo importante de dueños de fundo al llegar a la Diócesis. Fue un "cuadrillazo", presionándome para que no continuara la línea de Manuel Larrain. Oficialmente era una bienvenida, pero realmente fue una amenaza.

Al no seguir sus indicaciones sufrí las consecuencias y se me aplicó la ley del hielo y del silencio. Durante treinta años sentí la desconfianza de los poderosos de la ciudad y, en forma parecida a Don Manuel, fui tildado de obispo "comunista" y politizado.

Fue significativa la desconfianza de un patrón de fundo, a quien estaba comprando una propiedad con fines pastorales. No había problema en el precio, pero él dudaba venderme, porque sus amigos le habían explicado que yo quería hacer una escuela de guerrilleros. Hicimos la compra-venta, pero él afirmó que confiaba en mi palabra, no por ser Obispo, sino por los apellidos que tengo. Esa fue la garantía para este católico de comunión dominical.

Han pasado los años y sigo pensando que la gran distancia entre la Iglesia Católica, especialmente de sus Obispos, con algunos dirigentes de derecha, tiene su raíz más profunda en la entrega de la tierra a los campesinos.

Fue mucho más fuerte esta desconfianza y lejanía con la llegada del Gobierno Militar. La Iglesia debía apoyar los derechos y la dignidad de los perseguidos por el régimen aliado a muchas personas que tenían gran poder económico y social.

Me faltaba experiencia de gobierno pastoral. Recuerdo los conflictos con el párroco de Lontué quien no aceptaba su traslado a pesar de que había expresado su opinión favorable.

Impuse la autoridad episcopal y perdí la confianza del pueblo por muchos años. Acepté una misa de apoyo en la Catedral de Talca la cual fue un desastre.

Con los años fui aprendiendo que un Obispo debe dejar de lado algunas cosas para hacer otras. He entendido que es bastante real el pensamiento de los chinos "es buen gobierno el que no marca", o sea aquel sistema que permite crear espacios de libertad y de crecimiento sin esas presiones externas que no son durables.

Con el gobierno Militar estuve bastante cercano a los sufrientes y a los golpeados.

por el régimen. Fui muy criticado, pero creo que hice en conciencia lo que Dios quería.

En el gobierno de Aylwin tuve una amistad real con "Don Patricio" y hasta hoy día somos excelentes amigos. Nos apoyamos en esta etapa de esos años que vivimos muy cerca, yo era Presidente de la Conferencia Episcopal y pienso que nos unía una mirada evangélica frente a los acontecimientos que se estaban enfrentando.

Al llegar a los 75 años, según lo dispuesto con mucha sabiduría por la Iglesia, presenté la renuncia al cargo episcopal y al pedirme el Sr. Nuncio nombres de candidatos para sucederme le expresé que prefería no entregar mi opinión personal para que el Vaticano tuviera mayor libertad para nombrar a quien consideraba más idóneo para esta misión.

¿Qué queda después?. La alegría de ver una Iglesia viva, los dos Sinodos diocesanos, conocer y apreciar sacerdotes y laicos muy amigos de Dios. También he sabido mejor lo que es la soledad y los días difíciles. El balance global es muy positivo. Siento que no rehuí ni dejé de abordar los conflictos, a veces me equivoqué, pero siempre sentí que Jesús y la Divina Providencia son realidades de vital importancia. He visto la acción misteriosa del Espíritu Santo y cada día aprecio más el texto de San Pablo "son hijos de Dios los que son guiados por el Espíritu".

Durante estos treinta años fue posible avanzar en la marcha de la Iglesia con la colaboración de sacerdotes, religiosos, laicos y la ayuda del exterior.

Quisiera destacar que se hicieron realidad algunas instituciones de gran valor.

El Seminario Mayor, la Universidad Católica del Maule, el Seminario Campesino, las Religiosas del Buen Samaritano, el Monasterio Trapense de Quilvo, la Fundación Cate al servicio de los campesinos.

He entendido que las viejas respuestas en su mayoría ya no sirven y que es necesario encontrar caminos nuevos manteniendo los principios y verdades fundamentales de la Iglesia. Lo que vale es la sabiduría y no el poder. Falta mayor docilidad a la acción del Espíritu Santo. Siento la existencia de un superávit de confianza en la eficacia de los medios humanos. Brilla demasiado lo externo y la humildad verdadera, no está bien valorada.

Espero que todos seamos más abiertos al mundo que según San Francisco "esa debe ser nuestra clausura". Así seremos más amplios y comprensivos, sin vivir de nostalgias del pasado sino con esperanza y alegría.

Le pido al Señor que vivamos con el Espíritu en una Iglesia más despojada de sí misma. Será "el pequeño rebaño" del cual habla Jesús. Será una Iglesia más pequeña en los números, pero de mayor autenticidad en los cristianos.

LA IGLESIA Y EL PAÍS DESPUÉS DE 1967

Sucede que las realidades de la Iglesia están relacionadas, para bien o para mal, con lo que sucede en la vida política y social del país y del mundo.

1968 a 1970

El año 1968 es un año difícil porque después del Concilio Vaticano II se abrió una compuerta de pensamientos y planes que estaban guardados. Había muchas esperanzas y la opción por los pobres era atrayente. La Eucaristía en castellano fue un avance extraordinario. Creció la catequesis familiar y la JEC era una esperanza. Ver crecer las personas siempre es valioso.

La crisis sacerdotal, intuida y temida por Don Manuel Larraín, se desató. La Iglesia perdió personas muy valiosas, vicarios generales y sacerdotes de primera línea dejaron el ministerio.

Gobernaba Eduardo Frei y su Gobierno en los últimos años fue oscurecido por la fuerza de la violencia.

Grandes conflictos en la Universidad Católica de Santiago que es tomada por los alumnos y muchos dolores de cabeza para el Cardenal Silva, Arzobispo de Santiago.

Nace un grupo autodenominado "la iglesia joven" que protesta por el viaje de Pablo VI a Colombia porque cree que hará alianza con los poderosos. Se apoderan de la Catedral de Santiago e interrumpen la ordenación episcopal del Obispo Ismael Errázuriz porque su nombramiento no ha sido consultado al Pueblo de Dios.

El Papa Pablo VI publica la encíclica *Humanae Vitae* en la cual define la posición de la Iglesia sobre el control artificial de la natalidad.

Nace "Tradición, Familia y Propiedad" más bien llamado "Fiducia" que intenta apoyar las posiciones más conservadoras de la Iglesia y la sociedad.

El partido Comunista chileno controla a los sindicatos a través de la Cut (Central Única de Trabajadores).

La violencia parece haberse desatado en el mundo y es dramática la reflexión del Papa Pablo VI en Italia. "Atravesamos un período de autodestrucción de la Iglesia".

En 1969 nace "la Teología de la liberación" que, entre otros conceptos, admite el análisis marxista para interpretar la doctrina de la Iglesia.

La Iglesia Católica de Chile se hace más consciente de que los templos están edificados en el centro de las ciudades y se intensifica las construcciones de capillas y parroquias en los barrios populares.

Crece las "obras"; pero sin las consiguientes preocupaciones por la formación de personas. Se desarrollan las comunidades cristianas, sin que exista una pedagogía adecuada para hacerlas crecer y madurar. Se organizan mejor las diócesis y se instaura el diaconado permanente para hombres casados. Se llega a una pastoral de conjunto más ensamblada y coherente.

Yo había sido elegido, en 1968, Vice-Presidente de la Conferencia Episcopal lo cual ayudó a tener una visión más completa del país.

En 1968, se realiza la Asamblea de Medellín de todo el Episcopado Latinoamericano. Era la reunión soñada por Don Manuel Larraín. Es el gran documento que desea aplicar el Concilio Vaticano II al Continente.

Es extraño. La Iglesia desea iniciar más evangélicamente la vida, se busca mayor coherencia y se dan pasos muy importantes; pero crecen las protestas y los actos de rebeldía enumerados en estas páginas. Se había abierto una compuerta y el río desbordó la vida tranquila de la Iglesia. Los cambios parecían insuficientes y los grupos más radicalizados no tuvieron confianza en la acción del Espíritu Santo.

1970 a 1973

En este contexto de luces y de sombras es elegido Presidente de Chile Salvador Allende, quien firma un "Estatuto de Garantías Constitucionales" para asegurar la estabilidad del país.

En América Latina se crean conflictos entre el clero y la jerarquía. En Chile son "Los cristianos por el socialismo", en Argentina son "Los sacerdotes del tercer

mundo" y en Colombia será el grupo llamado "Golconda". Estas corrientes ideológicas nacen en París y en Brasil.

En Chile los sacerdotes de esta línea teológica se denominan "los ochenta" y surgen tensiones fuertes contra el episcopado. Doce sacerdotes viajan a Cuba y publican una declaración de adhesión sin reservas al socialismo.

Salvador Allende afirma que "no tocará a la Iglesia ni con el pétalo de una rosa" y cuando los Obispos fuimos invitados a su casa muestra un hermoso Cristo heredado de su madre que le tenía gran cariño.

Son años difíciles y ambiguos. La Iglesia y en especial los Obispos tenemos grandes tensiones. Con el Obispo Fernando Ariztía vamos a visitar Cuba, en 1971 y la conclusión es que lo que sucede en Chile es repetición de lo que se ha hecho en Cuba. Hay similitud de lenguaje y de proyectos. Nos da la impresión de que caminamos a un país marxista, sin la violencia que hubo en Cuba.

La economía es mal llevada, crece el descontento y se inicia el toque de cacerolas y el paro del transporte. El 11 de septiembre de 1973 llega al poder el General Pinochet.

Son años complejos. El Cardenal Silva en sus memorias habla del "torbellino fratricida".

1973 hasta el Plebiscito de 1988

En 1973 la Junta de Gobierno Militar asume el Gobierno de Chile.

Se pensaba que era una realidad transitoria. Nos equivocamos. El General Pinochet gobernó por 17 años, eliminó los registros electorales, cerró el Congreso Nacional, suprimió los partidos, puso rectores militares en las Universidades Católicas y tuvo graves conflictos con la Iglesia, la cual se transformó en la institución defensora de la dignidad de los chilenos. En el fondo la Iglesia y el Gobierno Militar tienen concepciones diferentes y opuestas sobre lo que es la sociedad, la persona y la libertad. Son mentalidades globales que no coinciden. Para el Gobierno Militar la fuerza es fundamental y el poder tiende a ser total. Para la Iglesia el poder es un servicio basado en los criterios del Evangelio.

Al conversar, en abril de 1974, con el General Pinochet sobre la tortura nos dice a

todos los Obispos: "Sres. Obispos aquí no hay tortura. Apresaron a un sobrino mío que es del Mapu y nadie lo torturó".

Esa frase es significativa. Sabíamos de la tortura y vimos personas torturadas en las cárceles. Supimos de detenidos desaparecidos y exhumados. Algo hoy día reconocido por todos, pero la frase poco feliz del General Pinochet muestra una personalidad muy especial. Por supuesto que los Obispos no creímos lo que estaba diciendo, ya que jamás ningún oficial pensaría en torturar al sobrino del General.

Pasaron los años y se cumplió aquello de que "la sangre derramada en algún momento pasa la cuenta".

Recuerdo a un hombre torturado que llegó a visitarme. Había dos Obispos en la casa. Al presentar mi protesta al General, en Talca, la respuesta fue asombrosa: "esta gente se autotortura para impresionarles a Uds."

Durante estos años cesó la crisis sacerdotal, pero al menos cinco sacerdotes perdieron la vida, algunos fueron torturados y otros desaparecidos o fusilados. Los campesinos fueron perdiendo sus tierras porque había deudas y no tenían capitales para trabajar sus parcelas.

Pablo VI en 1974 publica un documento extraordinario, "*Evangelii Nuntiandi*" en el cual en forma luminosa explica al mundo católico cuál es la misión de la Iglesia. Tal vez es el mejor documento de este hombre extraordinario que fue el Papa Montini.

En junio de 1976 se hizo un excelente recuerdo de Don Manuel Larrain con motivo de los 10 años de su muerte.

El Gobierno Militar le negaba a la entrada al país de Don Helder Cámara, Obispo de Recife. Finalmente lo aceptó para evitar publicidad en contra del Gobierno en el extranjero.

El 12 de agosto de 1976 tres Obispos chilenos somos detenidos en Ecuador, Riobamba. Se nos acusa de querer derribar al gobierno de ese país. Al regreso somos recibidos por agentes de los Servicios secretos del gobierno Militar y parece hoy bastante claro, que existía orden de matar a alguno de los Obispos, lo cual no sucedió.

En 1977 el episcopado latinoamericano se reúne por tercera vez. Ahora es en

Méjico, en la ciudad de Puebla. Ha sido elegido Papa Karol Wojtyla, Juan Pablo II, un Papa no Italiano después de varios siglos.

Llega el año 1987 y el Gobierno Militar convoca a un plebiscito para conocer qué piensan los chilenos sobre la posibilidad de seguir gobernados por el General Pinochet. El plebiscito lo pierde el Gobierno y el General Pinochet debe llamar a elecciones.

Han pasado los años y el escenario del país y de la Iglesia tiene otras características. Es más atinado no entregar opiniones o juicios prematuros y esperar que el Espíritu Santo y la Historia nos vayan iluminando esta nueva etapa de la vida.

¿QUÉ PENSARÍA Y DIRÍA HOY MANUEL LARRAÍN?

Sería poco sensato utilizar a Don Manuel Larraín y entregar sus posibles juicios sobre la Iglesia en estos años. Ciertamente estaría sorprendido; pero es aventurado entregar opiniones de una persona fallecida.

De lo que estoy seguro es que el Obispo Larraín seguiría expresando que "Dios y el Reino de Dios es lo único absoluto" como escribía su amigo Pablo VI. Debe haber llegado a una gran plenitud la cercanía con el Espíritu Santo y la Virgen María.

Nos diría que Dios escogió a los pobres y que la Iglesia debe ser servidora y no dominadora. Nos hablaría de no ser autorreferentes y de pensar más en los otros.

Él viviría con verdad y lealtad lo cual es muy necesario hoy y siempre.

En el cielo su amistad con el Padre Hurtado ha seguido incommovible y haber conocido desde pequeña a Santa Teresa de Los Andes fue motivo de gran alegría para él.

La futura proclamación de la santidad de Alberto Hurtado es motivo de mucha esperanza por él y por la Iglesia de Chile. Con los santos nos contempla y sigue rezando "Ven Señor Jesús".

Es hermoso pensar en quienes nos precedieron en el camino de la fe y ese recuerdo nos ayuda ser mejores y más cercanos a Jesucristo.

Ayudará a finalizar estas reflexiones recordando que la vida y la muerte pasan en forma permanente. Todos pasamos, siempre llegan brotes nuevos y la esperanza siempre se va renovando en la vida de los pueblos y en la Santa Iglesia.

"El sacristán ha visto
hacerse viejo al cura,
el cura ha visto al cabo,
y el cabo al sacristán,
y mi pueblo después
vio morir a los tres...

(J. Manuel Serrat)

JESÚS - LA IGLESIA CATÓLICA – EL ESCÁNDALO

Caserío Lircay, 7 de mayo de 2002

Frente a las acusaciones que se hacen a algunos sacerdotes por abusos sexuales en Estados Unidos, en otros países y también en Chile, es conveniente abordar el tema.

A – Jesús y la Iglesia

1. En el Capítulo 18 de San Mateo, vs. 6 y siguientes de lee "quien escandaliza a uno de estos niños que creen en mí, más le valdría que lo cuelguen con una piedra enorme y lo arrojen al fondo del mar" ..

Y Jesús sigue: "Ay del mundo por los escándalos, siempre habrá escándalo; pero ay de aquel por quien venga el escándalo". Mt. 18, 6-7.

Pero Jesús que es tan fuerte contra el escándalo se muestra extraordinariamente misericordioso con los pecadores. A la mujer descubierta engañando a su marido le dice que no la condena y a quienes desean matarla les expresa "quien no tenga pecado que arroje la primera piedra". Finalmente le advierte "no peques más en adelante". (Jn. 8,1 ss)

2. La Iglesia Católica debe seguir las enseñanzas de Jesús porque nosotros nos explicamos por Jesús que es nuestra razón de ser. La Iglesia vive por Jesús y para anunciar su Reino.

B - Acusaciones

Hoy día la publicidad en diversos niveles está presentando acusaciones sobre el abuso sexual de menores por parte de algunos sacerdotes. Se trata de la pedofilia, una enfermedad hasta ahora incurable, que consiste en orientar el deseo y la práctica sexual al abuso de niños o niñas menores de edad. Es un acto criminal e inhumano diferente a la homosexualidad. Es una dolencia que causa graves daños traumáticos a los niños, y a toda la sociedad.

Esta es la acusación que afecta a nuestra Iglesia y nos duele profundamente; pero qué poco se habla de esa gran mayoría de sacerdotes correctos y valiosos. He visto a sacerdotes de gran virtud. Pienso en el Padre Hurtado, en Monseñor Manuel Larrain, en el Cardenal Silva, en Guido Le Bret, en Enrique Correa y en tantas personas que han sido un ejemplo para todos nosotros.

Lo que hoy lamentamos y sufrimos es doloroso; pero qué necesario es mirar el conjunto y no olvidar que "una golondrina no hace verano".

C - Criterios

1. Una persona afectada por la pedofilia no debe estar en el ejercicio del sacerdocio. Es un contrasentido y a él se le aplican las duras palabras que dijo Jesús. "Más le valiera que lo arrojaran al mar".

Habrà de tratar a estas personas con bondad y misericordia, al estilo de Jesús; pero la vida sacerdotal es contraindicada para ellos y no deben seguir en esta tarea. El sacerdocio es incompatible con esta condición.

2. Los católicos debemos aceptar humildemente que existen estos problemas; pero qué importante es no condenar injustamente o sólo por palabras que no siempre son verdaderas.

"No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no serán condenados", dice Jesús Mt. 7, 1. Colocaré un hecho real: llegó un joven de 15 años acusando a un sacerdote que lo había violado. Traía un reloj de pulsera que habría recibido por ocultar esta violación. El abuso sexual a los adolescentes se llama efebofilia.

El sacerdote negó absolutamente el hecho. Era palabra contra palabra y no era atinado hacer una encuesta sobre lo sucedido.

La duda permaneció; pero no había mayor prueba. Después se escuchó un "rumor" sobre el tema; pero no es justo condenar por rumores.

¿Qué habrían hecho ustedes?

Se critica a las autoridades de la Iglesia por no proceder en forma más drástica; pero es necesario entender lo difícil que es probar la realidad de los hechos.

3. Es obvio que conviene revisar con mayor cuidado la selección de los candidatos al sacerdocio. El problema sacerdotal no está en el número sino en la calidad de los sacerdotes.

Al ser más exigentes tal vez habrá menos sacerdotes; pero eso ayudará al crecimiento del laicado y una mejor participación de la mujer. Nuestra Iglesia es un tanto machista y al haber menor número de consagrados la mujer tendría mayor relevancia.

4. Es conveniente recordar que estos penosos sucesos no sólo han ocurrido en la Iglesia Católica. Jesús enseña que "no es bueno ver una basura en el ojo ajeno y no ver la viga que hay en el propio ojo" (Mt. 7).

Estas realidades penosas existen en las diversas profesiones y actividades humanas. Se ve urgente abordarlas en forma seria. San Gregorio dijo hace muchos años: "Más vale reconocer un escándalo que abandonar la verdad".

5. No es ninguna solución, como algunos proponen, que los sacerdotes se casen. Quienes padecen de pedofilia o de homosexualidad no son aptos para el matrimonio. Por eso esta respuesta es una equivocación.

CAPÍTULO VI

IMÁGENES DE UNA VIDA DE FE





Carlos González Cruchaga, en su juventud,
poco antes de ordenarse sacerdote.



La madre de don Carlos González Cruchaga.
Doña Elena Cruchaga Tocornal.



El día en que Carlos González Cruchaga recibió la ordenación como sacerdote.
23 de septiembre de 1944.



Don Carlos González junto al Cardenal José Cardén,
fundador de la Juventud Obrera Católica. (JOC).



En trance de escribir
aeropuerto de Barcelona, 1965.



Junto al sacerdote Carlos Carrus,
en aeropuerto de Barcelona, 1965.



Después de la bendición del matrimonio de Humberto Arcos y Dulia,
en 1968.



Carlos González el 5 de abril de 1962.



Con Carlos Camus y la familia de Guido Gossens.
Bélgica, 1965.



Con jóvenes dirigentes latinoamericanos.



Carlos González Cruchaga y Monseñor Manuel Larraín.



En la Iglesia Catedral de Talca a diez años de la muerte de Mons. Manuel Larraín, con Helder Cámara, Arzobispo de Recife.



En la Cepal de París, 1987.



Durante una conferenza en Italia, 1990.



En compañía de los Hermanos holandeses, Hnos. Emerencio y Walter.



Preparando el altar en la capilla de su casa,
ubicada en calle 4 Norte de Talca.





Con Religiosas del Buen Samaritano.



junto al sacerdote Claudio Lavados,
en Ciudad del Vaticano, Roma.



Plantando un árbol en inauguración de viviendas sociales, lo observa el Intendente de la época, Arturo Castro y María del Valle Fernández, directora del Sévitu.



Con el actor Ives Montand, en 1988:



En compañía de Federico Hegarty.



Junto al Cardenal Ratzinger en su visita a Chile.



Con Paulo VI en el Vaticano.



El Obispo Carlos González, el Papa Paulo VI y los sacerdotes
Alejandro Jiménez y Luigi Barbero.



Durante el Sacramento de la Confirmación,
en una Parroquia.



Con el Papa Juan Pablo I.



Junto al Papa Juan Pablo II en el Vaticano.



Junto al Papa Juan Pablo II, el
Cardenal Raúl Silva Henríquez y
Cristian Precht.





Junto al Papa Juan Pablo II y Roberto Urbina,
Secretario de Mons. Carlos González.



Durante la visita del Papa Juan Pablo II a Chile.
Antofagasta, 1987.



Monsieur Carlos González con el Presidente Patricio Aylwin.



Saludando al Presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle.



Saludando al Presidente de la República,
Ricardo Lagos Escobar.



Mons. Bernardino Piñera, Mons. Sergio Contreras, Mons. Carlos Curtius,
Mons. José Manuel Santos y Mons. Carlos González Cruchaga en Santiago (Caritas Chile).
1 de julio de 2004.



Monsieur Carlos González Cruická
en la tranquilidad del campo.